



JUAN  
TORRES  
LÓPEZ

# CORONAVIRUS Y ECONOMÍA

Recopilación de artículos  
sobre los efectos  
económicos de la  
pandemia del coronavirus

Edición  
gratuita

JUAN TORRES LÓPEZ

Catedrático de Economía Aplicada  
de la Universidad de Sevilla

[www.juantorreslopez.com](http://www.juantorreslopez.com)

[@juantorreslopez](https://twitter.com/juantorreslopez)

[www.youtube.com/juantorreslopeztv](http://www.youtube.com/juantorreslopeztv)

# CORONAVIRUS Y ECONOMÍA

Recopilación de artículos sobre los efectos económicos  
de la pandemia del coronavirus

**EDICIÓN GRATUITA.**

**SE PERMITE LA REPRODUCCIÓN TOTAL O  
PARCIAL DE ESTE LIBRO Y NO SOLO SE AUTORIZA  
SINO QUE SE AGRADECE QUE SE DIFUNDA LO MÁS  
POSIBLE**

1ª Edición, 29 de marzo de 2020

## INDICE

La crisis que viene .....	5
España, hacia el caos sin remedio (como el resto del mundo) .....	12
El virus y la economía (1): mucho peor de lo que parece .....	17
El virus y la economía (2): sin respuesta al problema de fondo .....	23
La Reserva Federal contra el virus: primero los ricos .....	35
Europa se pega tiros en los pies.....	38
No es lo que parece, ni tampoco suficiente. Pero había que empezar así	42
Por fin reacciona el BCE, aunque no de la mejor manera .....	48
Cerrar las bolsas y controlar los movimientos de capital. No hay otra ...	51
Ocho errores de la Unión Europea y sus soluciones.....	56
Hay alternativas. Pero queda poco tiempo para evitar una catástrofe .....	63
El virus no es nuestro único enemigo .....	69
De todas las opciones eligen la peor y más cruel: esto es Europa.....	74
Alemania no aprende de su historia.....	78
Salvar a las empresas pero garantizando el empleo.....	82
La patronal se equivoca y pone en peligro a las empresas .....	87
El virus y la economía (3): hacen falta luces largas .....	92
Como gatos de ocho vidas .....	99

*Pensando, sobre todo,  
en María, en Juan y en Lina;  
en todas las muchas personas más  
a las que quiero y que me quieren,  
en sus hijos  
y en quienes vengan después:  
"El futuro ya no es lo que era"  
(Paul Valéry)*

## PRESENTACIÓN

Este es un libro singular. Hace veinte días no pensaba que iba a publicarlo. Contiene los artículos que he escrito en las últimas semanas para analizar los efectos de la pandemia del coronavirus sobre la economía mundial y la española.

Al ser una recopilación de textos diversos que no han sido concebidos para constituir un libro como tal, tiene repeticiones y lagunas. He decidido, sin embargo, dejarlos tal como los publiqué, realizando tan solo correcciones de estilo y eliminando las erratas que he podido encontrar. Me ha parecido que era más importante ofrecer cuanto antes una publicación completa a quienes suelen leer lo que escribo que no esperar a tener un libro bien diseñado y completamente terminado.

De antemano pido disculpas por los errores o imprecisiones que pueda haber y que iré tratando de corregir en sucesivas entregas.

He decidido incluir al principio dos artículos que no tratan del virus porque los escribí antes de que apareciera. Me parece, sin embargo, que son fundamentales para entender el contexto en el que se produce la pandemia, en el mundo y en España.

El primero, se refiere a la crisis que yo ya veía venir en septiembre de 2019 y el segundo a la situación en que yo creía que se encontraba España y el mundo en noviembre de ese mismo año.

Espero que mis reflexiones puedan ser de utilidad. En los momentos complicados, como los que vivimos, es fundamental estar bien informados, aunque no debemos olvidar lo que decía Gertrude Stein: "Todo el mundo recibe tanta información durante todo el día que pierde su sentido común". No lo perdamos y tengamos cuidado porque "la estupidez insiste siempre", como escribió Albert Camus en *La peste*, un libro ahora de desgraciada actualidad.

Las palabras o frases subrayados contienen hipervínculos.

Juan Torres López, Sevilla, 29 de marzo de 2020.

## LA CRISIS QUE VIENE

Publicado en LaPolíticaOnLine.es  
el 14 de septiembre de 2019

Desde hace unos meses hay una convicción generalizada sobre la proximidad de otra crisis (un cambio en la senda actual de crecimiento económico seguido de inestabilidad) y quizá de una nueva fase de recesión económica (crecimiento negativo durante más de dos trimestres consecutivos) que conduciría a otra etapa posterior de nuevas dificultades.

Las diferencias de opinión tienen que ver sobre la fecha en que comenzará a producirse -en 2020 o 2021- pero se da por hecho que vamos a sufrirla, de modo que es muy conveniente estar al tanto y tratar de adelantarse a lo que ya parece inevitable.

A mi juicio, hay algunas señales que indican claramente que la crisis está muy cerca y razones de peso que llevan a pensar que va a ser inevitable y de relevancia, aunque de naturaleza diferente a la que vivimos a partir de 2007-2008. Las comento brevemente a continuación.

### *Las señales*

La economía de China crece al ritmo más bajo de los últimos treinta años. Alemania sólo se ha salvado de entrar formalmente en recesión por unas décimas. La de Estados Unidos lleva el periodo más largo de crecimiento positivo de toda su historia pero, precisamente por ello, cabe esperar que se encuentra a las puertas de un frenazo inmediato; algo que ya anticipan muchos indicadores. El de actividad de la industria química, por ejemplo, está empeorando y eso significa que lo hace toda la economía estadounidense, puesto que los productos químicos se utilizan en todos los sectores. Por otro lado, la rentabilidad de los bonos a un año ha comenzado a superar a la del bono a diez años, y sabemos que cada vez que eso ha ocurrido se ha producido una recesión en Estados Unidos entre 9 y 25 meses después.

Si tenemos en cuenta que esas tres economías representan alrededor el 55% del PIB mundial y que también están en una situación muy parecida a otras de las más grandes, como las de Japón o Italia, las de países de menor peso económico pero relevantes (como Argentina, Irán, Venezuela, Singapur, Brasil, México...) o, por otras razones, la de Gran Bretaña... parece claro que la desaceleración de la actividad económica en todo el mundo es un hecho indiscutible.

### *Las causas de la crisis*

Constatar que la economía mundial se desacelera es importante pero lo que realmente puede darnos una idea precisa de lo que se nos viene encima son las causas que han provocado la situación en la que estamos y las que hacen que la llegada de una nueva crisis sea ya inevitable a estas alturas. En mi opinión, las más importantes son las siguientes.

En primer lugar, la inadecuada resolución de la crisis anterior, provocada por los bancos y los grandes fondos de inversión al corromper el sistema financiero de todo el planeta. La mala costura dejó a la economía mundial “tocada” y registrando una recuperación que en realidad ha sido más aparente que real. En particular, el incremento de la desigualdad y la deuda ha debilitado la demanda de consumo y la de inversión y eso hace que la inmensa mayoría de las empresas, las que no disponen de poder de mercado, tengan más difícil obtener beneficios generando la producción y el empleo que son la base de la estabilidad económica.

En segundo lugar, las políticas de estímulo que hasta ahora han venido aplicando los gobiernos o los bancos centrales, según los casos, han sido insuficientes y ahora, además, están empezando a ser insostenibles. Por un lado, a consecuencia de la deuda, tanto pública como corporativa, está alcanzando niveles cada día más alarmantes. Y, por otro, porque con los tipos de interés prácticamente a cero o incluso negativos, es muy difícil poder utilizarlos con bajadas significativas para impulsar la actividad. En cuanto que el gasto y la financiación se han ido desinflado un poco, las

economías se han desacelerado y, si disminuyeran muy significativamente, la situación se pondría todavía más fea.

En tercer lugar, los conflictos comerciales (China-Estados Unidos o Europa-Mercosur, entre otros) y el proteccionismo reaccionario de Trump que está produciendo efectos muy negativos, no sólo sobre las importaciones y exportaciones entre las superpotencias sino también sobre las de otros muchos países. Como no parece que la tensión se vaya a resolver a corto plazo, el daño irá a más; sobre todo, si Trump intensifica el conflicto para usarlo como arma electoralista dando pie a que se extienda a los mercados de divisas. En ese caso, sus efectos serían mucho más potentes, generalizados y dañinos.

En cuarto lugar, hay que tener en cuenta que los sistemas financieros de todo el mundo apenas si se han reformado después de la crisis de 2008 y que siguen en situación de gran fragilidad. Eso hace que su contribución para mejorar las cosas, proporcionando la financiación y apoyo necesarios, esté siendo más escasa justamente a medida que la situación se va complicando.

En quinto lugar, estamos viviendo tensiones geopolíticas que producen gran riesgo e incertidumbre porque pueden derivar inmediatamente en gravísimos problemas económicos y energéticos, algunos globales, si estallan: Brexit, Irán, Venezuela, Turquía...

La última razón pero quizá la más importante es la situación de las bolsas de todo el mundo, al borde de un colapso cuyos efectos serían demolidores para muchas grandes empresas y para el sector financiero. Y todas las señales apuntan a que eso es lo que se va a producir sin remedio como consecuencia, entre otros factores, de la sobrecapitalización de las más grandes empresas del mundo que vienen utilizando sus beneficios para realizar compras multimillonarias de sus propias acciones; de la especulación a gran escala y a toda velocidad que domina los mercados; y de la gran inestabilidad que lleva consigo la incertidumbre y el riesgo provocados por la coincidencia de todos los factores anteriores que acabo de señalar.

## *Una crisis distinta a la de 2008*

Cuando se oye decir que se aproxima ahora una nueva crisis es lógico que todo el mundo mire hacia atrás y recuerde la de 2007-2008 para preguntarse si será lo mismo. Sin embargo, esta será diferente.

Como se sabe, la anterior tuvo su origen en el sistema financiero que es quien proporciona el dinero, la financiación al resto de la economía. Y esta es como la sangre de un animal o la savia de una planta: si se bloquea, si se contamina o se corrompe, destruye a todo lo que vive de ellas. Cuando eso ocurre, como sucedió cuando los bancos de todo el mundo se dedicaron a producir productos e inversiones financieros que eran pura basura, se origina una crisis que, precisamente por esa razón, se dice que es sistémica, esto es, casi nadie se puede salvar de ella y afecta a todas las economías prácticamente sin excepción.

La crisis que viene ahora no será de este tipo. El estado del sistema financiero mundial sigue siendo muy frágil, como acabo de señalar y por razones que no tengo espacio para comentar aquí, y eso puede dar lugar a que explote en cualquier momento. Pero no parece que eso sea lo que vaya a ocurrir en los próximos meses. O, mejor dicho, me parece mucho más probable que las explosiones se produzcan primero en otros ámbitos del sistema económico.

La nueva crisis no tiene su origen en el sistema financiero sino en el mercado de bienes y servicios. Tampoco vendrá producida sólo por la escasez de demanda que viene dándose desde hace años como consecuencia de la caída de los salarios en todo el mundo (y que en condiciones normales se puede resolver inyectando gasto desde el Estado o medios de pago desde el banco central). En esta ocasión, la crisis es principalmente de oferta real y tiene que ver con dos factores que ya se han destapado y con uno que aparecerá a posteriori.

Los dos primeros son, por un lado, la guerra comercial que he mencionado y sus casi seguras consecuencias sobre los mercados de divisas; y, por otro, la lucha para lograr mejores posiciones en

la próxima revolución tecnológica ligada a la robótica, la inteligencia artificial o los nuevos tipos de comunicaciones. El tercero tiene que ver con los problemas que una crisis así termina siempre generando sobre las fuentes de energía y que ahora se verán agravados al encontrarnos en medio de un cambio climático de excepcional envergadura.

### *Los peligros que trae la crisis*

La ventaja de una crisis de este tipo respecto a una financiera es que no suele ser sistémica y que, por tanto, es posible que algunas economías, sectores o empresas escapen de ella. Pero tiene otros peligros tanto o más letales.

El primero es que la crisis no es de gasto sino de oferta, es decir que parte de un problema en las empresas que no están en condiciones de producir bienes y servicios como requiere el mercado. Eso significa que no bastará para resolverla inyectar gasto. Por mucho que se inyectara no se resuelve nada porque las empresas no están en condiciones de ofertar.

El segundo peligro es que una crisis como la que viene no se puede resolver simplemente haciendo “transfusiones” de dinero desde los bancos centrales (como hizo, por ejemplo, la Reserva Federal de Estados Unidos cuando en sólo seis meses de 2008 creó más dinero para inyectar a los bancos comerciales del que había creado desde 1945). Ni aumentando el gasto público, porque la deuda ya es muy elevada en la inmensa mayoría de las economías, además de que los problemas de la oferta empresarial -como acabo de señalar- no consisten sólo en que no tengan demanda suficiente.

El tercer peligro es que producirá caída de la producción y el empleo y, al mismo tiempo, aumento de precios, de modo que serán necesarias políticas de control justamente contrarias a las que habría que adoptar para reactivar la vida empresarial y la demanda.

El cuarto peligro es que, si la crisis que viene va acompañada, como yo creo que va a ocurrir, de un desorden grave en los mercados de capitales y en las bolsas, lo que sucederá es que un buen

número de las mayores empresas del planeta tendrán dificultades que les van a obligar a modificar sus estrategias de todo tipo, produciendo así un incremento generalizado del desorden y de la inestabilidad y, como resultado, nuevos problemas financieros como consecuencia de la falta de liquidez en todos los mercados.

El quinto peligro que a mi juicio acompaña a la crisis que se aproxima es que no se le va a poder hacer frente recurriendo solamente a los instrumentos convencionales de la política económica. Es de nueva ola. Ni la política monetaria ni la fiscal tradicionales van a servir: mantener las actuales pautas de distribución que aumentan la desigualdad dificultará cada vez más que se recupere la oferta de las empresas; seguir dando completa libertad a los grandes operadores que acaban con la competencia en los mercados y los controlan a su antojo para primar la especulación y el despilfarro de recursos producirá ineficiencia e inestabilidad crecientes; no actuar radicalmente sobre el cambio climático y sobre el deterioro ambiental traerá subidas de precios y escasez; y aceptar que la economía de nuestra planeta no tenga más gobierno que el de los intereses minoritarios de los más poderosos en un contexto político de democracias cada vez más debilitadas y vacías de contenido, nos puede sumir en un auténtico caos.

Nos encontramos, en resumen, a las puertas de una crisis que no va a ser sistémica y quizá ni siquiera global, sino que va a manifestarse en detonaciones sucesivas, en diferentes lugares y con magnitud muy diversa. Será una crisis de oferta en el mercado de bienes y servicios que no responderá a las terapias convencionales. Recurrir a los envejecidos paradigmas de conocimiento dominantes para diagnosticarla y aplicarle las medidas políticas de siempre mitigará alguno de sus efectos, pero seguirá dejando abiertas de par en par las ventanas por donde se colarán las siguientes y más peligrosas crisis del siglo XXI: la financiera, la de la deuda, la ambiental y la social. Sobre cómo desarrollar y aplicar un nuevo tipo de análisis y respuestas hablaremos otro día, aunque lo que acabo de señalar creo que da pistas sobre ello.

## ESPAÑA, HACIA EL CAOS SIN REMEDIO (COMO EL RESTO DEL MUNDO)

Publicado en LaPolíticaOnLine.es  
el 9 de noviembre de 2019

El titular de este artículo puede parecer exagerado si la palabra "caos" se interpreta en su sentido más coloquial. Pero yo la uso ahora como la utilizaba Immanuel Wallerstein para referirse a la situación en la que va a encontrarse dentro de poco el capitalismo de nuestra época.

El sociólogo estadounidense, fallecido por cierto el pasado mes de agosto, decía que nuestro sistema social y económico se dirige al caos porque desde la gran crisis de los años sesenta y setenta del siglo pasado se viene alejando constantemente de la "normalidad". Una deriva hacia la inestabilidad y el desorden que es consecuencia de la crisis estructural en la que se encuentra desde entonces y que se hace cada vez más visible a nuestro alrededor en conflictos de todo tipo: auge de los populismos, deterioro ambiental, crisis comerciales, de deuda y financieras, extensión de un auténtico imperio de la mentira, debilitamiento de las democracias y las libertades, desigualdad creciente y el clima general de desconcierto y falta de soluciones en el que vivimos últimamente, entre otras manifestaciones.

Curiosamente, son los propios capitalistas quienes más rápidamente se han dado cuenta de ello y los que reclaman con más urgencia medidas de reforma que puedan hacer frente al caos y al desorden generalizado para evitar el colapso del sistema. La declaración que hizo el pasado verano una organización tan a favor del capitalismo como la Business Roundtable, que reúne a los ejecutivos de las doscientas mayores empresas de Estados Unidos, es significativa: reconocía que el "sueño americano" se está "deshilachando" y, en lugar de seguir manteniendo la tesis tradicional de que la gestión empresarial debe tener como único beneficiario al accionista, afirmaba que las grandes empresas deben trabajar "para

promover una economía que sirva a todos los estadounidenses”. Puede parecer simple retórica, pero es un cambio muy significativo cuando en Estados Unidos se registra la etapa de crecimiento más larga de su historia mientras que la desigualdad, el empleo miserable, el deterioro ambiental y la pobreza crecen sin parar.

Lo que está ocurriendo en todo el planeta es una paradoja: el capitalismo neoliberal está entrando en crisis terminal como consecuencia de su propio éxito como sistema de dominación. Su problema es que ha garantizado la apropiación masiva del beneficio pero a costa de llegar a la exageración e incluso a la aberración, monopolizando la toma de decisiones y convirtiendo al uso del poder y de la información en la fuente de la ganancia en detrimento de la actividad productiva. Sin embargo, al concentrar en extremo el poder ha generado una correlación de fuerzas tan favorable a las grandes corporaciones que ha terminado destruyendo los equilibrios básicos e imprescindibles que precisa tener cualquier sociedad si no quiere arder en la hoguera que antes o después prenden quienes se quedan sin nada.

El capitalismo había conseguido mantener el orden social y la legitimación cuando permitía que una parte de los de abajo llegara arriba o, al menos, que se beneficiara también de buena parte de la riqueza que se creaba, y cuando permitió que existieran mecanismos de contrapoder. Ahora bien, asustado por la gran crisis de los años setenta del siglo pasado, apostó tan fuerte y con tanto éxito por el beneficio y la concentración del poder que ha creado un mundo en el que millones personas, o incluso naciones enteras, saben que ya nada tienen que perder porque nada hay que puedan ganar. El capitalismo neoliberal es el del todo o nada, el capitalismo sin ningún tipo de bridas, y eso es lo que ha producido la “anormalidad” creciente que le lleva sin remedio al caos y al colapso.

España está inmersa en esa misma crisis, aunque sus manifestaciones sean diferentes. Y no deja de ser curioso que la única persona que en periodo electoral está hablando de los males del capitalismo y de la necesidad de reformarlo sea la presidenta del Banco de Santander, Ana Patricia Botín: "necesitamos un cambio. El

capitalismo ha sobrevivido gracias a que ha sabido adaptarse a los cambios. Ahora debe volver a hacerlo. Y esta intención no debe quedarse en palabras".

Nuestro país, nuestra sociedad y nuestra vida política, también se vienen alejando progresivamente de la “normalidad” para dirigirse inevitablemente hacia el desorden y la inestabilidad permanente por una sencilla razón: las piezas que han venido sosteniendo al sistema dejaron de funcionar bien y son ya incapaces de mantenerlo en situación de equilibrio, mientras que todavía no hay otras de recambio que permitan devolverle el orden y la estabilidad.

En esta última etapa democrática en España, estos últimos se han basado en la existencia de dos grandes partidos, el PP y el POSE, que hace tiempo que perdieron la legitimidad y capacidad necesarias para mantener el sistema en equilibrio, el "orden de escuadra", por utilizar un término militar, que es preciso conservar para que las cosas no se desmanden y el sistema siga funcionando normalmente.

Cuando los dos grandes partidos entraron en crisis, transmitiéndola desde las más altas instituciones del Estado hasta la arquitectura territorial en la que se basa la cohesión básica de una nación, la propia sociedad creó los antídotos en forma de nuevos movimientos y partidos, pero ninguno de ellos ha sido capaz de constituirse en el cemento de un nuevo estado de cosas. Y así es como, casi desde 2011 y sobre todo desde 2015, nos venimos encontrando en un va y viene continuo que no tiene solución posible porque se está intentando dar solución a los problemas con las mismas piezas, relatos y lógicas que los han provocado.

Y es por ello por lo que ninguno de los escenarios posibles que puedan darse tras las elecciones va a poder proporcionar estabilidad.

Los enfrentamientos entre las fuerzas de izquierda han creado un clima que hace extremadamente difícil, por no decir imposible, que se dé la armonía necesaria para gobernar bien y para poner en marcha con suficiente estabilidad y garantías un programa de

transformaciones progresistas para España. Y, como la sociedad está rota y no cohesionada, si finalmente hubiera un gobierno de ese perfil, la derecha constituiría un frente de oposición brutal, dispuesto a incendiar lo que haga falta -incluido el conflicto civil como el que ha avivado irresponsablemente en Cataluña en los últimos años- para acabar con las políticas de izquierdas, por moderadas que sean. Y el posible triunfo del bloque de derechas (no se olvide que Andalucía siempre ha marcado la senda estratégica de la política española) no haría sino reforzar los procesos y problemas que he mencionado y que han provocado la crisis estructural en la que nos encontramos en España y en todo el mundo.

Las fuerzas que nacieron para regenerar la situación política (Ciudadanos y Podemos) han mostrado su total inutilidad. Las novísimas, o son puros embriones como Más País, o peligrosas variantes del fascismo neoliberal que ya proliferan en otros países, como Vox. Y una entente entre el Partido Popular y el PSOE no sólo podría llevar a este último partido a la irrelevancia en la que se encuentran los que hicieron lo mismo en otros países, sino que daría lugar a que el sistema se quedara sin reservas a la primera de cambio, siendo, al final, sólo un paso más y más rápido hacia el caos.

España no tiene arreglo con los actuales sujetos políticos ni con el discurso de espectáculo que se utiliza para plantear los problemas sociales, ni con la lógica de enfrentamiento cainita que se ha generado como subproducto de la democracia de baja intensidad en la que vivimos, ni con una economía y unos medios de comunicación sometidos sin disimulo al dictado de los grupos oligárquicos. Y eso es grave porque los problemas que tenemos delante de nuestras narices no admiten soluciones de compromiso ni cogidas con hilo. Me refiero, entre otros, a desastres como la corrupción, la mentira generalizada, la ausencia de rendición de cuentas, la constante descalificación del adversario y la consideración como enemigo de quien simplemente no piensa como nosotros, la venta de España a los grandes intereses económicos, el poder desnudo de las grandes empresas y de los bancos, la desindustrialización, el desmantelamiento de nuestro sistema de servicios públicos y de

ciencia y tecnología, la manipulación mediática o, sobre todo, nuestra incapacidad para entender que tenemos algo en común que se llama España y que no puede ser sólo de una parte de los españoles sino de todos por igual.

Es ingenuo creer que las elecciones del 10N puedan proporcionar algún tipo de solución estable. Los problemas sistémicos, estructurales, como los que estamos viviendo, no generan pequeñas heridas sin importancia sino el colapso de los sistemas, y eso es lo que está comenzando a suceder en España y en el mundo. Las viejas orquestas dedicadas a difundir música de siempre no podrán evitarlo. Se necesitan otros proyectos. Las reformas que anhelan Ana Botín y los grandes dirigentes capitalistas pueden darle de nuevo un aire diferente al capitalismo pero nada ni nadie puede ser contrario a sí mismo, así que están condenadas a dar el mismo tipo de problemas a medio y largo plazo. Hay que hacer frente al gran expolio, de riqueza y de derechos, que han llevado a cabo, al mundo digital que se abre paso, a una naturaleza destrozada y a una sociedad fragmentada, ensimismada y engañada. Y para eso hacen falta otros sujetos y un nuevo tipo de liderazgo, de lenguaje y de discurso político, nuevos mecanismos de representación y de control más genuinos y democráticos, nuevas formas de propiedad, de instituciones de gobierno y de relaciones sociales, liberarnos de la dictadura de la mercancía, una nueva cultura política y un nuevo ejercicio de la ciudadanía, un proyecto socialista, o llámese como se quiera llamar, que quiera y sepa ir más allá del capitalismo. Y, además, la capacidad de saber resolver con justicia y sostenibilidad los problemas del día, cada vez más difíciles de abordar en medio de tantas turbulencias.

## EL VIRUS Y LA ECONOMÍA (1): MUCHO PEOR DE LO QUE PARECE

Publicado en LaPolíticaOnLine.es  
el 12 de marzo de 2019

¿Un simple virus puede poner en solfa al mundo entero? ¿Una economía mundial tan potente y asentada pueda estar en peligro por esa causa? ¿Se pueden venir abajo las bolsas sólo por el efecto de la propagación de un virus? ¿Qué está pasando y qué puede pasar? ¿Por qué tanta alarma?

Es normal que la mayoría de la gente se haga este tipo de preguntas pero me temo que las respuestas que se están dando son confusas y que generan más dudas de las que resuelven.

Sobre la epidemia, lo cierto es que todavía no se sabe bien cuál puede ser su verdadera magnitud. Parece ser que si se aplican medidas de aislamiento e higiene que eviten su propagación, sobre todo a personas especialmente vulnerables, en muy pocas semanas se podría frenar su expansión sin que se produzca un efecto especialmente dramático. Eso es lo que parece que ha ocurrido en China, gracias a que allí hay un sistema de toma de decisiones muy centralizado, dictatorial, y en donde se han podido aplicar recursos millonarios para aislar a la población. Sin embargo, parece difícil que se pueda actuar del mismo modo en otros países, de modo que no se puede descartar un contagio exponencial que afecte a millones de personas en unas cuantas semanas.

Diferentes estudios realizados en los últimos años sobre los efectos económicos de este tipo de epidemias nos permiten saber algunas cosas. Primero, la seguridad de que lo que está pasando tendrá consecuencias y costes; segundo, su efecto final dependerá del tiempo que dure la alarma y del frenazo de la actividad que produzca; y, tercero, sólo si se actuara con gran ineficacia y se alcanzara un nivel de mortalidad ahora mismo posiblemente impensable (más de 15 millones de muertos al año), quizá se produciría

un coste que comenzaría a ser más o menos equivalente al que supuso la última gran crisis.

A pesar de eso, a mí me parece que el peligro al que nos enfrentamos no es la difusión de un virus, ni aunque este fuese mucho más letal de lo que ahora podamos imaginar que llegue a ser el coronavirus en el peor de los casos.

El problema grave que tenemos delante de nuestras narices y al que no le estamos dando la importancia que tiene es la situación en la que se encuentra el sistema en el que vivimos, el capitalismo de nuestros días. Un sistema complejo que tiene propiedades que le hacen funcionar de un modo muy específico.

Estos sistemas, como el capitalismo, son imprevisibles y permanentemente inestables, y de ahí que sea muy difícil predecir cuál será su evolución. Sí sabemos, sin embargo, algunas cosas importantes sobre su funcionamiento y evolución y, sobre todo, acerca de lo que puede hacer que colapsen.

Sabemos, por ejemplo, que los sistemas complejos como el capitalismo viven al borde o expuestos permanentemente al fallo sistémico y fatal, que tienden constantemente a la crisis y que están siempre en peligro de colapsar, precisamente porque su complejidad no es otra cosa que inestabilidad y desorden.

Al mismo tiempo, también sabemos que la gran probabilidad de fracaso, de fatalidad, que acompaña a cualquier sistema complejo hace que generen en su seno constantes y potentes elementos de protección. Por eso pueden resultar muy seguros a pesar de ser, al mismo tiempo, muy propensos al colapso. Precisamente por eso.

En segundo lugar, conocemos que los sistemas complejos casi nunca colapsan por el efecto de un solo fenómeno. Para que se produzca un fallo total, sistémico, fatal, para que colapsen, es necesario que concurren diferentes fallos al mismo tiempo.

Y es muy importante saber que estos sistemas funcionan siempre en condiciones degradadas, es decir, con muchos fallos latentes que es imposible erradicar, bien porque se desconocen, porque no

compensa o porque no se quiere asumir el coste de eliminarlos en todo o en parte.

Las consecuencias de esto que sabemos sobre los sistemas complejos se pueden aplicar a lo que está pasando con la epidemia del coronavirus

En primer lugar, es muy difícil que resulte tan fatal como se está creyendo. El sistema se está defendiendo del “fallo” en su funcionamiento que supone el coronavirus con mecanismos del propio sistema que son seguramente mucho más potentes de los que serían realmente necesarios para evitar que se convierta en un peligro global o letal. Y, como he dicho, es altísimamente improbable, por no decir, imposible, que el sistema en su conjunto se vea afectado fatalmente por un solo fallo o factor.

En segundo lugar, hay algo que es mucho más preocupante.

La epidemia del coronavirus constituye un fallo añadido en el sistema que si se contempla linealmente puede parecer poca cosa, mas puede resultar de efectos muy graves si se tiene en cuenta que su presencia muta la condición del sistema en su conjunto porque interactúa con otros de sus fallos latentes. Es decir, el coronavirus (la crisis sanitaria que provoca) es realmente peligroso no sólo por lo que supone en sí mismo sino porque aumenta mucho la degradación del sistema en su conjunto, en mucha mayor proporción de la que correspondería a su aislada naturaleza de epidemia sanitaria.

A mi juicio, la extraordinaria gravedad del coronavirus no es el daño que produciría una epidemia si se pudiera contemplar aisladamente, sino la aceleración del efecto degradante o destructor de los demás fallos que estaban más o menos contenidos hasta ahora.

Ya escribí hace unos meses que se estaba gestando una crisis de muchos frentes pero que -a corto plazo- tenía tres manifestaciones o vías de expansión principales: las bolsas, que han alcanzado una sobrevaloración disparatada que las lleva a estallar antes o después; la deuda en crecimiento insostenible; y el bloqueo de la oferta como

consecuencia de la continua caída de la rentabilidad del capital material en favor del beneficio financiero.

Los problemas que puede traer ahora la propagación del coronavirus tienen que ver justamente con esa crisis de oferta que ya en los últimos meses se estaba produciendo en casi toda la economía mundial en forma de una desaceleración relativamente atenuada.

Ahora, las respuestas que inevitablemente van a tener que adoptar los gobiernos para evitar el contagio van a bloquear todavía más la oferta y sus consecuencias van a ser varias, aunque todas con algo en común: reactivar los fallos hasta ahora latentes o adormecidos.

En primer lugar, va a disminuir la producción, se van a desarticular los canales de suministro y distribución, van a producirse carencias de aprovisionamiento a escala global y la crisis empresarial va a generalizarse, disminuyendo mucho más la rentabilidad del capital que mueve los motores de la economía productiva. La crisis de oferta va a ser muy fuerte.

En segundo lugar, va a aumentar la deuda empresarial y la dificultad para hacerle frente por parte de miles de empresas, especialmente por las "zombis" que hasta ahora han estado manteniendo su actividad a base de más deuda, pero sin generar beneficio suficiente.

En tercer lugar, el cambio de expectativas, la posibilidad de que se produzcan quiebras en cadena y movimientos extremos por parte de las autoridades en materia de gasto e intervención financiera, van a producir un caos bursátil de la mano de las operaciones automatizadas, de los algoritmos que utilizan los grandes fondos especulativos. Las bolsas, como ya anticipé, son ahora mismo el eslabón más débil y volátil del capitalismo, están a punto de saltar y el virus va a hacer que estallen sin remedio.

En cuarto lugar, todo eso va a afectar al sector financiero que perderá negocio solvente y frenará la financiación, amplificando

los problemas anteriores, cuando no sufriendo él mismo una nueva crisis financiera.

En quinto lugar, la intervención de las autoridades va a ser bastante complicada y poco efectiva porque ahora no se trata de impulsar la demanda inyectando capacidad de gasto (que hará falta) sino de poner en pie la oferta, y eso es mucho más difícil cuando las empresas cierran y las redes productivas se han bloqueado.

En sexto lugar, no descarto que, precisamente por el bloqueo de la oferta, se produzca un rebrote inflacionario que pondría a los bancos centrales ante un dilema terrible, pues estarían obligados a frenarlo. Y entonces estará por ver cómo podrán soplar y sorber al mismo tiempo, es decir, hacer política expansiva y contractiva a la vez.

Si no se toman medidas drásticas para evitar los contagios, si no se aísla a la población, la expansión de la pandemia es casi segura y esa expectativa de crisis paralizaría la actividad. Pero la cuarentena y el aislamiento también la frenará sin remedio. No hay salida. Porque el problema no es el virus, sino un sistema complejo en el que un fallo aparentemente sin demasiada importancia puede reactivar otros fallos hasta ahora latentes o medio controlados. Y es esa conjunción de factores lo que va a crear una situación nueva y que representa un peligro muy serio.

Si los fallos latentes diversos se hacen expresos y si su aparición coincidente los convierte en un fallo único y estructural, nos vamos a enfrentar a un problema económico hasta ahora desconocido en la época del capitalismo globalizado y neoliberal.

Y las recetas que los gobiernos y las autoridades monetarias han venido utilizando no les van a servir. Ahora tendrían que pensar “al revés” de como lo han hecho hasta ahora desde hace décadas y eso no les va a resultar fácil. No tienen soluciones porque ni siquiera se pueden imaginar cuál es la naturaleza del problema que tienen por delante. De ahí que estén desorientados y sin saber bien qué hacer.

El virus es la pequeña mariposa de la teoría del caos: el suave movimiento que producen sus alas en una esquina del planeta se está empezando a traducir en una tempestad a miles de kilómetros. La gente lo intuye con más sabiduría que los políticos y economistas que siguen creyendo que sólo se trata de tomar medidas sanitarias acompañadas de otras cuantas económicas convencionales, cuando el peligro verdadero está en otro lado, en los fallos estructurales del sistema que el virus puede haber reactivado ya.

Hablaré de alternativas en el siguiente artículo pero anticipo la principal: es obligado que vivamos de otro modo.

## EL VIRUS Y LA ECONOMÍA (2): SIN RESPUESTA AL PROBLEMA DE FONDO

Publicado en LaPolíticaOnLine.es  
el 15 de marzo de 2019

En un artículo anterior (*El virus y la economía: mucho peor de lo que dicen*) señalé que la pandemia a la que nos enfrentamos (ya reconocida como tal por la Organización Mundial de la Salud) tendrá efectos muy graves no sólo por lo que ella misma implica sino porque va a “despertar” otros fallos latentes o medio dormidos en nuestro sistema económico.

En este segundo artículo voy a exponer brevemente qué sabemos sobre los efectos económicos de la pandemia, luego las cuestiones económicas que hay a su alrededor, las circunstancias en las que se produce y que son las que van a complicarnos la situación en los próximos meses y, por último, las razones por las que creo que las respuestas que han empezado a darle los gobiernos y las autoridades internacionales son de momento bastante insuficientes y en algún caso muy inadecuadas puesto que pueden servir para agravar problemas estructurales de la economía mundial.

### *La pandemia*

En este momento, parece que ya tenemos algunas certezas sobre la pandemia:

- Antes que nada, hemos de ser conscientes de que nos encontramos ante un problema sanitario. Deben ser los científicos y los técnicos de la salud lo que nos digan qué hay que hacer para acabar cuanto antes con ella.

- Parece ser que estos últimos nos dicen que esta pandemia producirá un caos sanitario si el número de infectados sigue aumentando exponencialmente como lo viene haciendo hasta ahora. Y que sólo es posible evitar que los contagios aumenten con medidas tajantes de cuarentena y distanciamiento social

Por tanto, lo primero y más importante que habría que hacer sería ayudar a que las autoridades, siguiendo los criterios de los expertos sanitarios, hagan lo necesario para garantizar que deje de extenderse cuanto antes.

Con independencia de ello, resulta que esta pandemia (como seguramente cualquier otra) tiene unos efectos económicos y, por lo tanto, requiere no sólo un tratamiento sanitario sino también económico.

En este artículo sólo me voy a referir a esos efectos económicos y financieros, dando por hecho que las autoridades van a adoptar las medidas sanitarias más oportunas para combatir la epidemia.

Pues bien, los efectos económicos inmediatos de la pandemia son de dos tipos:

a) Un shock de demanda bastante inmediato, es decir, un frenazo en el gasto privado como consecuencia del aislamiento, del posible aumento de despidos, de la caída de ventas de las empresas y del miedo o la reserva de la población ante el futuro.

Este efecto sobre la demanda se caracteriza por su inmediatez y por la rapidez con que se está dando, así como por la asimetría con la que se produce. Es decir, no afecta por igual ni a todas las personas o grupos sociales ni a todas las actividades económicas. Se da en mayor medida en las personas en situación económica más precaria, en las que pierdan el empleo, en las que no dispongan de ayudas específicas o colchones para este tipo de situaciones y también en los sectores o actividades vinculadas al consumo social, aquellos en los que el gasto se lleva a cabo en proximidad con otras personas.

El shock en el consumo de las familias puede durante el mismo tiempo que duren las medidas de aislamiento y el temor ambiental. La recuperación del gasto de las empresas está vinculada a la del consumo familiar pero también a que las empresas vuelvan a tener una percepción de que la situación va a mejorar efectivamente. Y esto, como ya he apuntado y comentaré después, es algo que

desgraciadamente no tiene que ver sólo con la evolución de la pandemia.

No es posible saber si la pérdida de gasto que suponga el shock las semanas o meses en que se produzca se pueda recuperar. En una parte es posible que sí, pero lo más seguro es que la mayor parte de esa pérdida de gasto (ingreso) se pierda y origine un daño duradero y, en algunos casos, incluso irreversible en algunas empresas con menos capacidad de resistencia.

b) Un segundo efecto de la pandemia es el shock de oferta que se traduce en una caída en la producción de bienes y servicios como consecuencia de las bajas laborales, de la ruptura de las cadenas de aprovisionamiento y de la caída de ventas que lleva consigo menos pedidos subsiguientes.

Este shock (paralelo al anterior) se produce también muy rápidamente, aunque sus efectos pueden manifestarse con mayor retardo, quizá meses después, y puede que los costes que inicialmente genere sean más fácilmente recuperables.

Algún modelo econométrico que ha tratado de cuantificar las consecuencias de un shock de este tipo (aunque circunscrito al Reino Unido) señala que si el aislamiento y las paradas de producción no duran mucho (hasta un mes) la producción se puede recuperar con relativa facilidad, por ejemplo, mediante horas extraordinarias o nuevos contratos. Si las cuarentenas durasen más de cuatro semanas su coste se multiplicaría por tres y si fuese por un trimestre o más, el daño sería seis veces mayor. En el peor de los casos, quizá podría producirse una caída del 6%, un coste realmente alto, pero no excesivamente dramático (el estudio [aquí](#)).

Hasta aquí los efectos en general previsibles de una pandemia como la que estamos viviendo. Sin embargo, el problema con la actual es que se está produciendo en una situación específica: en medio de una ralentización notable de la economía que venía de hace ya unos meses y de una serie importante de problemas económicos y financieros que afectan a ámbitos clave de la vida económica.

Eso es lo que explica que no estemos contemplando ni tengamos miedo tan sólo del daño sobre la salud de una pandemia o el de sus efectos económicos más o menos graves, aunque siempre manejables que acabo de mencionar, sino la posibilidad de una crisis económica y financiera mucho mayor.

En condiciones normales, una pandemia como la actual no tendría por qué hundir las bolsas ni paralizar en tan gran medida, como se teme, a la economía. Lo puede hacer porque, como he dicho, coincide con otras circunstancias. Y son estas otras circunstancias las que la hacen especialmente peligrosa la expansión del coronavirus y las que hemos de tener en cuenta a la hora de valorar la eficacia y los efectos de las medidas de todo tipo que se estén tomando.

### *El entorno de la pandemia*

En otras condiciones, para evaluar los efectos de la actual pandemia bastaría con tener en cuenta las circunstancias anteriores. Pero, como señalé en el artículo anterior, resulta que la pandemia se está produciendo en un contexto específico que, a mi juicio, es auténtico determinante de lo que va a ocurrir en los próximos meses. Concretamente, hay que tener en cuenta lo siguiente:

- Aunque se han adoptado medidas que sin duda han mejorado la situación, el sistema financiero no se saneó completamente después de la anterior crisis financiera. Muchos bancos siguen teniendo graves problemas de solvencia y, al haberse concentrado muchísimo más, el sector se ha hecho todavía más sistémicamente peligroso.

- Las bolsas han vivido un proceso de excesiva capitalización que ha provocado un desajuste estructural al alza de las cotizaciones. Su situación es muy inestable y volátil y desde hace meses están mostrando que su reajuste a la baja y en gran magnitud es completamente inevitable.

- De la mano del gran poder de la banca en todo el planeta, la deuda no ha parado de crecer en los últimos años. La global es

ahora unos 70 billones de dólares más elevada que la de hace diez años y va acompañada de multitud de burbujas y del mantenimiento de miles de empresas zombis en todo el planeta.

- Como consecuencia de todo ello, en los últimos meses se venía produciendo una ralentización generalizada en casi todas las economías. Muy particularmente en la china y la alemana que actúan de motores de una buena parte de la industria y el comercio mundial, y también en la de Estados Unidos.

Es muy importante tener en cuenta que esta ralentización tenía su principal manifestación en la caída de la producción industrial y del comercio internacional asociado y, tal y como señalé en el artículo anterior, en una caída continuada de la rentabilidad del capital físico cuando el financiero que se invierte en operaciones especulativas proporciona beneficios menos problemáticos y mucho más rápidos y abundantes.

Además, tampoco puede olvidarse que estos factores de estabilización inmediata de todo el sistema económico se plantean en medio de otros trances no menos problemáticos y peligrosos, como el estar en la antesala de una nueva y profunda revolución tecnológica, el incremento continuado de la desigualdad, el cambio climático y, desde otro punto de vista, la pérdida de vigor de las democracias.

### *Las respuestas inadecuadas*

Los gobiernos y las autoridades internacionales no fueron conscientes desde el primer momento de la trascendencia económica del coronavirus. Tardaron días hasta que reconocieron que se trataba de un problema extraordinario y entonces prometieron tomar medidas. Los ministros de economía del G7 y los responsables de los grandes bancos centrales prometieron el 2 de marzo pasado "todas las herramientas políticas adecuadas" aunque, eso sí, no dijeron entonces nada sobre cuáles podrían ser las que adoptarían.

Más tarde, y poco a poco, han ido tomando diversas medidas ante un escenario que, según la presidenta del Banco Central

Europeo, "recordará a muchos de nosotros la gran crisis financiera de 2008".

Las medidas que han anunciado o han tomado hasta el momento pueden ser de dos tipos, de política monetaria y de política fiscal, y a mi juicio van a ser inútiles o, en el mejor de los casos, muy insuficientes por las siguientes razones.

- Medidas de política monetaria.

La Reserva Federal de Estados Unidos y el Banco de Inglaterra han bajado los tipos de interés con el propósito de producir un impulso a la economía. Algo que se espera conseguir porque se supone que con tipos más bajos se puede incentivar el consumo y la inversión.

En mi opinión, los resultados de esta medida no van a ser efectivos por varias razones. En primer lugar, no ayudan selectivamente a la población sino que son de carácter general. Y ya he dicho que el shock de demanda se caracteriza porque se va a sufrir de modo muy asimétrico entre los consumidores y empresas.

En segundo lugar, porque una bajada de tipos siempre tarda en producir efectos (si los produce) y también he señalado que los dos shock de la pandemia son efecto muy inmediato.

En tercer lugar, porque los tipos ya están de por sí muy bajos y cuando no se ha incentivado el gasto a niveles tan reducidos no se va a conseguir hacerlo por más que se sigan reduciendo (algo, además, que ya casi no se podrá seguir haciendo porque están prácticamente en negativo).

En cuarto lugar, porque con tipos más bajos, los bancos se verán obligados a prestar más, aunque en condiciones de menor solvencia, creándose así un problema añadido.

En quinto lugar, la caída en el gasto no se ha producido sólo por razones de coste sino de expectativas, de temor o incluso de imposible presencia en los centros de gasto. Y, en sexto lugar, porque, como suele decirse, la política monetaria a través de cambios en los

tipos de interés puede llevar el caballo al agua, mas no puede obligarle a beber. Es decir, puede abaratar el gasto, pero no obliga a gastar.

Para hacer frente a la caída de las bolsas, la Reserva Federal y otros bancos centrales están dedicando docenas de miles de millones de dólares a comprar acciones. Les hacen así un buen servicio a los tenedores de títulos, aunque a la vista está que va a ser muy difícil por no decir imposible que eso evite el derrumbe de las bolsas cuando éstas están en la estratosfera y sujetas a una capitalización artificialmente excesiva. Con muchos cientos de miles de millones de dólares se puede frenar durante algún tiempo la caída pero no que se vengán definitivamente abajo antes o después.

Por su parte, el Banco Central Europeo acaba de anunciar otras medidas que no sólo no van a resolver el problema sino que van a agravar otros fundamentales.

Se propone aumentar la compra de bonos en los mercados secundarios y subsidiar a los bancos que utilicen el dinero que les proporcione para dar más créditos a las pequeñas y medianas empresas. Pero el hecho de que tenga que subsidiar a quienes da el dinero es la prueba manifiesta de que ni el propio BCE tiene confianza en que sus medidas tengan los efectos que se propone; es decir, que el dinero que le da a los bancos se destine finalmente a incrementar la financiación a los sujetos económicos que la necesitan.

Lo que va a conseguir el BCE es lo mismo que viene consiguiendo hasta la fecha con su política de flexibilización cuantitativa: lavar los balances de los bancos quedándose con los títulos basura, rentabilizar la inversión de los grandes poseedores de fondos y títulos (a costa de aumentar la desigualdad) y, en suma, dar a los bancos más liquidez que ni mucho menos es seguro que vaya a ir destinada a las empresas que lo necesiten. Y es natural, los bancos no son una ONG que preste para hacer favores a empresas en apuros.

Incluso en el supuesto de que esa estrategia del BCE funcionara y los bancos pudieran incrementar su negocio prestando más a las pequeñas y medianas empresas, ¿qué se conseguiría? Simplemente drogar a más empresas porque lo que en realidad necesitan estas no es acumular deuda sino que se solucione el problema estructural de rentabilidad que las atenaza regularmente y no sólo en esta coyuntura. Está bien alargarles un poco la vida pero ¿no sería más lógico plantearse que vivan sin necesidad de la respiración asistida que significa su deuda creciente?

Por otra parte, el Banco Central Europeo le hace otro par de favores a la banca que para nada van a servir para mejorar la situación de las empresas y los consumidores afectados por el coronavirus: aplazar la realización de test de estrés y relajar los requisitos de capital de la banca. Es decir, el BCE va a permitir que aumente el riesgo sistémico de la banca sin que a cambio se garantice que las ayudas que pueda recibir se destinen efectivamente a financiar a quienes ahora puedan necesitar liquidez puntualmente. Y eso es sumamente chocante. Cuando las cosas se van a poner difíciles ¿no es cuando más debería cuidar el BCE de que los bancos sean más solventes y tengan mayor fortaleza de capital?

No diré que todas estas medidas no tengan efecto positivo alguno, que pueden tenerlo en algunas casos, pero sí que son completamente inútiles en comparación con la magnitud del problema que se tiene por delante.

Los gobiernos, por ejemplo, van a seguir teniendo un respiro con el programa de compra de bonos del BCE, aunque seguirá siendo a costa de aumentar su deuda y de quedar sometidos a la presión de los mercados mientras no se tomen medidas complementarias para limitar el poder de los grandes fondos especulativos.

- Medidas de política fiscal

Tanto el gobierno de Estados Unidos, sobre todo, como los de otros países han anunciado rebajas de impuestos para hacer frente a los dos shocks de la pandemia.

Es evidente que eso reduce los costes de las empresas y la carga que soportan los consumidores, si bien en diferente medida, según cuáles sean finalmente los impuestos que desaparezcan. Y eso puede esconder (como casi siempre que se dice que bajan los impuestos) medidas que sólo beneficien a los más ricos.

Pero, incluso con independencia de esto último, reducir impuestos no es lo más adecuado para frenar los efectos tan problemáticos que va a tener la pandemia por varias razones.

Como he dicho, se necesitan medidas discrecionales y no generalistas puesto que esos efectos se manifiestan de modo muy diferente en los distintos grupos de población y actividades económicos.

Con carácter general, las recaudaciones impositivas ya actúan como estabilizadores automáticos, es decir, que reducen la carga fiscal cuando las cosas van mal sin necesidad de que se tomen medidas complementarias. Sin embargo, lo que puede ocurrir con estas bajadas de impuestos que se anuncian es que se produzcan efectos colaterales mucho peores.

Por ejemplo, la reducción de impuestos va a obligar a reducir gastos públicos (o a endeudarse más) lo cual es muy perjudicial cuando se está en medio de una pandemia y hay que reforzar la actuación de los servicios públicos (el más reciente informe [—aquí—](#) sobre los posibles efectos del coronavirus concluye diciendo que lo principal que hay que hacer en el futuro inmediato es fortalecer la sanidad pública).

Algunos países (Japón, Corea, Italia, por supuesto China, y España, aunque aquí sin demasiada concreción hasta el momento) han anunciado programas de gasto público inmediato pero estos programas, aunque imprescindibles, no son completamente efectivos en cualquier condición. Deben dirigirse exactamente a población y a las empresas más afectadas y, aunque son necesarios para paliar el daño del shock de demanda, no van a poder resolver los problemas del lado de la oferta. Además, se van a dar en países con un nivel de deuda ya elevada, de modo que desde el primer momento

van a suponer un coste de financiación adicional para los gobiernos que puede ser muy peligroso a poco que se vaya saliendo de la pandemia.

Particularmente torpe y limitada en este aspecto es la medida anunciada por parte de la Unión Europea en el sentido de que va a aligerar o flexibilizar las condiciones de estabilidad presupuestaria. Si bien eso puede posibilitar formalmente aumentar el gasto, es evidente que lo que no evita es que aumente la deuda y el peso que habrán de soportar los gobiernos. Como explicaré en el próximo artículo es algo muy diferente lo que se necesita en material de política de gasto.

En cuanto a las medidas de este tipo, también hay que subrayar que es evidente que no se encuentran al alcance de todos los países, de modo que se van a provocar nuevos desequilibrios financieros internacionales que van a dificultar la adopción de medidas justamente cuando lo que se tiene enfrente es el resultado de una globalización desgobernada, asimétrica y sin gobernanza que no sea la que imponen los intereses de los grandes grupos empresariales y financieros.

En el seno de la Unión Europea, en concreto, es impensable que puedan ser efectivos programas de gasto frente a la pandemia que no sean el resultado de una estrategia común y de la financiación del Banco Central Europeo.

También hay que señalar que incluso los programas de gasto a través de ayudas que estén bien dirigidos hacia quienes soporten la principal carga de la pandemia pueden ser, desgraciadamente, bastante ineficaces si lo que se ha producido es un cambio en el comportamiento de gasto como resultado no sólo de la carencia de ingreso sino de las expectativas o el temor. Con la actitud tan poco transparente y cómplice de los gobiernos, sin liderazgos democráticos potentes, sin credibilidad y con el rechazo actual de la población hacia la clase política ni siquiera con mayores ayudas públicas se va a recuperar la confianza necesaria para que aumente el gasto a cortísimo plazo, como sería necesario.

Salvar las vidas es lo primero. Pero hay que evitar también el desastre económico y financiero

Cuando pasa lo que está pasando, cuando hay miles de vidas en peligro lo primero debería ser salvarlas. Y para ello lo principal, como dije al principio del artículo, es seguir las directrices de los expertos en medicina y epidemiología. Creo que es imperativo cerrar filas con los gobiernos que tratan de seguir sus instrucciones. Ahora bien, mi obligación como un modesto analista de la economía es señalar que la pandemia comporta otro peligro: el desencadenamiento de una crisis económica y financiera mundial que destruya miles de empresas, millones de empleos y riqueza en todo el mundo.

A mi juicio, eso es posible porque las autoridades vienen tomando medidas equivocadas desde hace años que han creado fallos muy peligrosos en el sistema económico. O, más que equivocadas, sólo beneficiosas para una minoría.

Ahora han empezado a ser conscientes de que la pandemia no es sólo un peligro sanitario sino también económico y financiero y están tomando medidas. Mi tesis es que esas medidas, como he tratado de explicar, van a ser ineficaces para evitar esas consecuencias fatales de la pandemia sobre las economías. No digo que vayan a ser completamente inútiles, pero sí absolutamente insuficientes.

Por razones muy sencillas de entender:

- Si no hubiéramos estado en medio de una ralentización generalizada, el shock de oferta se resolvería en unas semanas.
- Si las bolsas no estuvieran sobre una bomba especulativa no estaríamos corriendo el peligro de que la pandemia sea una chispa que las hace saltar llevando a la quiebra a miles de empresas e inversores.
- Si no se hubieran producido los recortes tan nefastos en inversión pública los sistemas sanitarios no estarían tan al borde del colapso.

- Si no se diera prioridad a la investigación militar o la vinculada con los grandes intereses comerciales o a la que es simplemente especulativa e inútil, tendríamos antes vacunas y medidas preventivas.

- Si no hubiera aumentado tanto la desigualdad y no se hubieran casi desmantelado los sistemas de protección social no habría miles de personas sin poder estar en cuarentena o sin poder hacerse la prueba para saber si están infectadas.

- Si no se hubiera dado privilegios fiscales y de todo tipo a las ganancias especulativas y financieras, la rentabilidad de las empresas que generan actividad productiva y empleo no habría caído, provocando la ralentización que veníamos sufriendo.

- Si no se hubieran establecido políticas de austeridad tan nefastas, los gobiernos no estarían ahora la borde del precipicio por tener que hacer frente a gastos imprescindibles para salvar la vida de miles de personas.

- Si no se hubieran consentido que los banqueros que provocaron la crisis anterior se salieran con la suya, ahora tendríamos un sistema financiero capaz de financiar a empresas y consumidores en apuros.

Que nadie se engañe. La expansión de un virus que contagia y enferma a cientos de miles de personas es siempre un drama, mas lo que está ocurriendo con el coronavirus y lo que va a ocurrir no es su consecuencia directa. Es el resultado de las políticas que se vienen aplicando en los últimos años. Es cierto que las medidas que se están anunciando comportan cierta excepcionalidad pero mientras no se reviertan la lógica dominante para aplicar otras sobre principios bien diferentes será imposible evitar el desastre que se avecina y los que vendrán después. Afortunadamente, hay alternativas y de ellas hablaré en el siguiente artículo.

## LA RESERVA FEDERAL CONTRA EL VIRUS: PRIMERO LOS RICOS

Publicado en Público.es  
el 16 de marzo de 2019

La Reserva Federal de Estados Unidos anunció ayer el plan más agresivo de estímulo financiero desde 2008, cuando comenzó la Gran Recesión. Por un lado, ha puesto los tipos de interés a cero y, por otro, realizará compras de activos en las bolsas por valor de 700.000 millones de dólares.

¿Para qué servirá esto y para qué no?

La nueva bajada de tipos de interés no aporta casi nada. Teóricamente, persigue que la financiación sea más barata para las empresas y hogares y que así no se derrumbe el gasto en consumo e inversión. Sin embargo, en las actuales circunstancias, y con los tipos ya por los suelos, será una medida bastante inútil.

Las empresas bajarán la inversión por la expectativa de caída de las ventas y de los beneficios en una posible nueva fase de recesión y por los efectos del coronavirus; los hogares, por la pérdida de ingresos, de movilidad y por el temor a que vengan tiempos peores.

Y con tipos más bajos, los bancos deben dar más créditos para obtener la misma rentabilidad y eso, si es que ocurre, empeorará su solvencia.

Y, en todo caso, hay que tener en cuenta que los tipos a cero son los de referencia, los que aplique la Reserva Federal a sus operaciones con la banca privada; pero esta última luego presta a los tipos de mercado que son bastante más elevados. Sobre todo, los de operaciones que dirigidas a las empresas y hogares en mayores dificultades y, por tanto, con más riesgo de provocar fallidos.

Poner a cero los tipos de referencia en medio de una emergencia sanitaria y cuando no se tiene seguridad de que los bancos trasladen la mayor liquidez a la economía productiva, sino a mejorar su

balance, es como tratar de empujar con una cuerda o tratar de salir uno mismo de un hoyo tirándose de los pelos. Es imposible.

Por otro lado, gastarse 700.000 millones de dólares en comprar activos sí va a tener efectos inmediatos y muy claros: salvar el patrimonio de los grandes poseedores de acciones y bonos, es decir de las grandes empresas y de las personas más ricas del planeta.

Desde 2008, realizando periódicamente estas compras, la riqueza del 10% de los hogares más ricos ha subido unas 115 veces más que la del 10% más pobre. Y es lógico.

En los últimos años, las grandes empresas han obtenido beneficios extraordinarios que han dedicado en buena parte a comprarse sus propias acciones o activos financieros de todo tipo, y los bancos centrales han ido comprando títulos sin parar. Los algoritmos que dominan casi el 70% de las operaciones de compra y venta y que están programados solo para lograr ganancias especulativas han hecho el resto. La consecuencia de todo eso ha sido que las cotizaciones se hayan disparado. Cuando las cosas han empezado a cambiar y las burbujas se desinflan, el pánico hizo de las suyas y los inversores han reclamado que la Reserva Federal intervenga para evitar el derrumbe.

Mi previsión es que esta intervención y las que seguirán van a producir efectivamente una recuperación de las bolsas. Incluso es posible que una nueva onda súper alcista. Pero si en el futuro inmediato reaparecieran nuevas chispas de inestabilidad (¿alguien se atreve a descartar algo así?), el remedio será peor que la enfermedad y se produciría un cataclismo histórico.

Es verdad que las medidas de ayer no son las únicas excepcionales. El gobierno de Trump había reducido el presupuesto dedicado a combatir pandemias y en Estados Unidos hay 34 millones de personas que no cobran si se dan de baja, otros 30 millones sin seguro médico, 500.000 sin hogar y 2,2 millones en cárceles con condiciones higiénicas regulares. Eso hace que la extensión de la pandemia pueda ser allí extraordinaria y mucho peor de lo que se está diciendo. De ahí que se haya tenido que anunciar que se

multiplicarán gratuitamente las pruebas y algunas ayudas a las personas y empresas, pero es tarde y las ayudas son de momento insuficientes. Desde luego, mucho menores que las que van a recibir los grandes inversores y los bancos.

Para evitar el desplome de las economías se necesita poner selectivamente el dinero en los bolsillos de la gente afectada y en la caja de las empresas, y recuperar el flujo en los procesos económicos básicos, en la producción, la distribución y el consumo. Y eso ni lo van a hacer bancos que lógicamente buscan su propia rentabilidad, ni los grandes inversores que van a recuperar su riqueza cuando le compren sus activos depreciados.

Hace faltan ayudas directas, hace falta una banca pública que se encargue de proporcionar esa financiación extraordinaria en situaciones de emergencia y hace falta un estímulo fiscal y productivo gigantesco, de la misma proporción del desastre que se avecina.

La Reserva Federal lo ha dejado claro, como ya pasó en la Gran Recesión: la bolsa es antes que la vida y los ricos van primero.

Lleva razón el presidente Trump cuando, después de anunciarse estas medidas, dijo que “Los mercados deben estar muy contentos”. Los mercados sí, la gente normal y corriente no.

En Europa, mientras tanto, se reúne hoy el Eurogrupo. Mañana comentaremos lo que se acuerda, aunque lo que se sabe no nos permite ser optimistas.

## EUROPA SE PEGA TIROS EN LOS PIES

Publicado en Público.es  
el 17 de marzo de 2019

La reunión que celebró ayer el Eurogrupo fue otra decepción. Después de cinco horas y en medio de una catástrofe de perspectivas cada vez más negras, los ministros de economía y finanzas fueron incapaces de llegar al único acuerdo que hoy día cabe alcanzar: ante una situación de emergencia sanitaria y de consecuencias económicas funestas que afecta a todos los países de la Unión Europea, es imprescindible poner sobre la mesa recursos extraordinarios, urgentemente y en común. No hay otra.

En lugar de eso, los dirigentes europeos han caído en la misma torpeza con la que actuaron en la crisis de 2008.

En aquella ocasión, para disimular que Alemania y los países de su entorno iban a lo suyo, se estableció el principio de que la austeridad era el único remedio posible. Se dijo que era la única forma de hacer frente a la deuda y al desempleo, pero el resultado fue otro y lo sabemos: los pueblos y los países de la periferia salvaron a los bancos y a los países centroeuropeos y la deuda se multiplicó, en lugar de disminuir.

Ahora -cuando están muriendo miles de personas- ya no pueden recurrir al mismo argumento y han tenido que ser más explícitos: que cada uno se resuelva el problema como pueda. O dicho más elegantemente -tal y como están diciendo los líderes alemanes y los de las instituciones europeas-: la situación es muy difícil y puede traer consigo problemas muy grandes, pero la solución es que cada país adopte sus propias políticas fiscales para arreglarlos.

Es el colmo del cinismo.

La Unión Europea lleva años poniendo grilletes fiscales a los países socios para favorecer el negocio bancario que crece a medida que aumenta la deuda pública. De facto, los países de la UE

no tienen soberanía sobre sus propios presupuestos. Y mucho menos desde que se obligó a incluir en nuestras constituciones que el pago de la deuda es prioritario, como ahora, ante cualquier otra necesidad. Las políticas y las normas que viene imponiendo la propia Unión Europea ha generado una deuda grandísima en casi todos ellos, lo que les impide incrementar el gasto cuando es preciso, como ahora. Y no han llegado a esa deuda porque se hayan excedido en el gasto. No. Es una deuda en su inmensa mayor parte (o incluso en toda en algunos casos) producida por tener que recurrir a la financiación bancaria privada, al prohibir los tratados europeos que el Banco Central Europeo financie a los gobiernos. Los datos son indiscutibles: de 1995 a 2018, la deuda pública europea creció en 5,8 billones de euros y los intereses pagados por los gobiernos en 6,1. Es decir, que estos últimos representaron el 106% del incremento de la deuda. En el caso de la eurozona ese porcentaje fue del 99%.

El Banco Central Europeo ha sido quien ha impuesto la doctrina. Como digo, cuesta trabajo creer que proponga eso cuando él mismo y la Comisión han dejado a los países sin apenas capacidad fiscal y han impedido que se constituya una hacienda europea que disponga de un presupuesto capaz y operativo. Por su parte, el BCE se ha limitado a anunciar un amplio programa de compra de bonos y a relajar las exigencias de solvencia a las entidades. Algo que, como he explicado en mi artículo anterior *El virus y la economía (2): sin respuestas al problema de fondo*, sólo va a servir para enriquecer aún más a los más ricos y para debilitar la solvencia de los bancos, justo cuando se avecina una tormenta financiera y hará más falta que nunca que los bancos sean solventes.

Muy pocos países de la UE pueden adoptar por sí solos las medidas del impulso fiscal que ahora se necesitan. Sencillamente, es imposible que los países europeos puedan hacer frente a la pandemia cada uno por su cuenta.

Aunque se relajen o incluso desaparezcan las restricciones y normas de estabilidad presupuestaria, que es lo que se está ofreciendo, los gobiernos tendrán que endeudarse más y esa mayor

deuda estará ahí, pesando como una losa, ahora quizá no mucho por los tipos de interés tan bajos, pero sí en el futuro. De hecho, la prima de riesgo ya está subiendo en algunos países y sus gobiernos tendrán que pedir prestado en condiciones cada vez más onerosas a los bancos privados para hacer frente a los gastos excepcionales. Y, como no se hace nada para evitar los zarpazos de los grandes fondos especulativos, será inevitable que ese mayor volumen de deuda dé problemas inmensos a las economías, antes o después.

Los líderes alemanes y quienes siguen sus propuestas están volviendo a demostrar que Europa sólo les importa y la desean como un mercado pasivo para sus empresas. Son todo lo contrario de líderes de un proyecto común. Cuando Merkel y otros dirigentes dicen que en su país hay que hacer todo lo necesario y que ya se verán después los efectos sobre el déficit y se olvida de los demás países, lo que está haciendo no es sólo condenar al resto sino hundir el proyecto europeo.

Cuando surge un problema tan extraordinario y que afecta a todos los miembros de un club hay que ser o muy torpe o cínico para decir que cada uno actúe por su cuenta. Y eso es lo que está haciendo la Unión Europea por imposición alemana. En lugar de poner en marcha la artillería pesada con la que podría contar si quisieran, sus líderes han tomado unas escopetas de otra época y lo único que hacen es pegarse tiros en los pies.

No hay mejor prueba de ello que la prohibición alemana de exportar mascarillas y otro material sanitario a Europa, algo que ni siquiera ha sido censurado por los demás países. ¿Qué italiano con dignidad querrá seguir siendo socio de países que actúan así cuando están muriendo miles de sus compatriotas? Y nadie podrá extrañarse si eso también pasa en el futuro con los ciudadanos de los demás países de la periferia.

La Comisión anunció que repartirá fondos por valor de 37.000 millones para hacer frente a los problemas que se nos presentan sobre la mesa. Pero hace falta mucho más y por más tiempo. Compárese esa cantidad para todos los países de la UE con el plan de

13.000 millones de Alemania o con el del Reino Unido, de 34.000. Y teniendo en cuenta, además, que esos 37.000 millones ni siquiera son nuevos, sino que provienen de los fondos estructurales, o sea, que dejarán de percibirse por ese concepto en el futuro inmediato.

La Unión Europea se está volviendo a equivocar lo mismo que lo hizo en la crisis de 2008. Sólo que ahora su equivocación, su falta de liderazgo, su incapacidad para proporcionar respuesta a la emergencia sanitaria y a la muerte de millones de personas va a ser mucho más visible, de modo que va a ser más difícil que se pueda disimular la responsabilidad de sus dirigentes. Una responsabilidad que debería empezar a ser criminal si se reconociera de una vez que hay crímenes económicos contra la humanidad.

Seamos justos. No podemos echar la culpa a Europa en abstracto. La Unión Europea que apenas responde a los insultos de Trump, la que se rinde ante los poderosos y es incapaz de defender a los más débiles... somos todos los europeos. Y, en particular, todos los gobiernos de los países que se callan y se rinden. El Presidente Macron ha tenido al menos la vergüenza de hablar claro y de reclamar lo que en estos momentos conviene reclamar a su país y a toda Europa. Por lo que sabemos, sin embargo, el gobierno español se ha traicionado y nos ha traicionado cuando se ha alineado con Alemania y los demás países que se oponen a la inmediata puesta en marcha de un programa europeo de potente impulso fiscal. Es una torpeza que nos va a costar muy cara.

La Unión Europea se está disparando en el pie. Se está condeñando a muerte ella misma. Ha traicionado una vez más a los ideales que la vieron nacer y, como dice un viejo refrán, una cuerda que se rompe por traición puede volverse a atar, pero nunca será una entera. Y que nadie tenga la ingenuidad de creer que todo esto es una buena noticia. A pesar de todo, Europa es en términos generales el espacio más avanzado política y socialmente del planeta. Si formando una unión predominan los comportamientos egoístas, es fácil imaginar (porque ya lo vivimos en otras épocas de nuestra historia) lo que tendríamos sin ella, más conflictos y quién sabe si nuevas guerras.

## NO ES LO QUE PARECE, NI TAMPOCO SUFICIENTE. PERO HABÍA QUE EMPEZAR ASÍ

Publicado en Público.es  
el 18 de marzo de 2019

Lo que se está diciendo sobre el decreto de medidas económicas del gobierno contra la pandemia puede dar una idea equivocada de su alcance.

El propio presidente afirmó que se van a movilizar recursos por un valor de 200.000 millones de euros y eso puede parecer que se trata de dinero contante y sonante que irá inmediatamente al bolsillo de las empresas y familias. Aunque no es exactamente así.

El decreto contempla varios tipos de medidas que se unen a las que ya se habían adoptado la semana pasada. Unas son de ayudas directas a las personas y empresas afectadas y me atrevería a decir que todas ellas son estrictamente imprescindibles. Ninguna sobra y todas pueden ayudar a mitigar los efectos tan graves que tiene la paralización de la vida económica que se está produciendo.

Es imprescindible, como se ha previsto en los dos paquetes de medidas, evitar que pierdan sus empleos personas sin capacidad previa de ahorro -aunque sea temporalmente-, que dejen de pagar servicios básicos o sencillamente que no puedan cubrir sus necesidades más elementales. Proporcionarles ayuda en efectivo y permitir que demoren pagos es fundamental. Y al respecto quizá sólo se eche en falta que no se hayan adoptado ya medidas en relación con alquileres y otras para agilizar los pagos al máximo. No se trata sólo de una medida, ya justificadísima por esta razón, de solidaridad, sino necesaria también para evitar que ahora o en las semanas siguientes a la inactividad se paralice el flujo de ingresos y pagos.

Adicionalmente a las medidas tomadas ahora con urgencia es también fundamental que el gobierno prepare junto a las comunidades autónomas y ayuntamientos (a estos debería darse un papel fundamental en este aspecto por su proximidad) una estrategia

específica de prevención y lucha contra la pobreza, y especialmente la infantil. La anterior crisis produjo un incremento muy grande en España y hay que evitar que eso ocurra de nuevo.

Para ello, sería necesario así mismo que se adopten ya medidas especiales de evaluación de la desigualdad. Prevenir en este campo es mejor y más barato que curar.

Creo que a estas alturas todo el mundo es consciente de que uno de los principales problemas que provoca una epidemia tan generalizada es la parálisis en los procesos de producción, bien como consecuencia de la caída de ventas -algo inmediato- como por la falta de aprovisionamiento que vendrá seguramente con algo más de retraso. Su principal consecuencia sería que muchas empresas se verían obligadas inmediatamente a cerrar y, si la situación se prolonga, quizá a desaparecer para siempre, como ya ocurrió en la anterior crisis.

Las medidas que va adoptando el gobierno para evitar que eso ocurra creo que van en el camino adecuado, aunque habrá que ir ampliándolas en los días y semanas siguientes. Antes que nada, es preciso que los trabajadores autónomos -de muchos de los cuales también dependen una buena cantidad de empleo-, los microempresarios y los pequeños y medianos se sientan de verdad protegidos. Deben saber que no se les va a dejar caer y que eso se empiece a ver con hechos. Sólo así podrán sacar fuerza de flaqueza para aguantar los malos tiempos que vienen. Las palabras del presidente del gobierno fueron ayer más reconfortantes y prometedoras. Y las primeras medidas, como digo, ya permiten saber que se va a hacer todo lo que se pueda para protegerlos.

Pero esa protección no puede ser simplemente la que ofrece el decreto.

La enorme cantidad de dinero destinado a proporcionar avales a las empresas es mucho, es necesario y es bienvenido, pero ni mucho menos es suficiente. Y hay que decirlo.

Lo que ha hecho el gobierno es lo que estaba en su mano: acercar el caballo a la fuente, en este caso de la financiación. Ahora, la fuente debe funcionar y el caballo debe querer o poder beber el agua.

Lo que necesitan las empresas es reducir sus costes para poder sobrevivir a un periodo sin ingresos que no sabemos cómo será de largo. Y lo que realmente produce recurrir a la deuda es que aumenten los costes. Mucho más cuando la financiación la va a proporcionar la banca privada que va a hacer lo que le corresponde: negocio para lucrar en la mayor medida de lo posible a sus accionistas.

A mi juicio, es mucho mejor apoyar a las empresas en forma (como se ha hecho) de prórrogas fiscales, crediticias o de otros pagos, pero también en forma de ayudas directas, como a los hogares. Su coste sería mucho menor, porque se evitaría el pago de intereses, y no se generaría una losa de deuda quizá muy difícil de soportar si los problemas se alargan, como desgraciadamente no cabe descartar. Y esto, sobre todo o al menos, debería hacerse en los sectores o con las empresas especialmente afectadas porque no hay que olvidar que, como en el caso de las personas, no todas ellas sufren por igual la pérdida de ingresos y hay que ser capaz de poner el dinero allí donde realmente se necesita.

En particular, yo echo de menos medidas que garanticen que la banca no se aproveche más todavía de la situación. Va a dar préstamos con un dinero que ha recibido al 0% o que directamente crea de la nada, sin correr ningún riesgo puesto que los avala el Estado, se le han establecido nuevas condiciones patrimoniales más favorables y además recibirá subsidios por concederlos: ¿no estaría justificado entonces que el Estado se asegure que esos préstamos van a ser rápidos, casi inmediatos, muy baratos (yo diría que sin interés) y en condiciones excepcionales? Con la banca debería haberse hecho lo mismo que con la sanidad privada: ponerla estrictamente al servicio de los intereses públicos.

Como he dicho, endeudar más a las empresas no es una alternativa sostenible. Hay que proporcionarles nuevas ayudas directas si no queremos que la pérdida de tejido empresarial y de empleo sea desastrosa en los próximos meses. Y sobre la previsión de evitar mayor penetración de capital extranjero en empresas “españolas” creo que se debe ser muy cauto. Puestos a gastar dinero, quizá valdría más la pena aprovechar la coyuntura para recuperar todas o parte de las que se perdieron por la nefasta gestión de gobiernos anteriores que proteger a los accionistas de algunos bancos o grandes empresas que hoy día, salvo el nombre, tienen en realidad muy poco de “españolas”.

Y una cuestión principal de todas las medidas aprobadas, como he anticipado, es que se deben de adoptar con extraordinaria urgencia. El gobierno debería adoptar también -e imagino que así lo hará- medidas complementarias para garantizar que el dinero que va a movilizar no tarde en llegar a quienes van a recibir las ayudas porque los retrasos limitan extraordinariamente su eficacia. Por esa razón, yo creo que sería una buena medida establecer algún tipo de renta garantizada urgente, tanto para personas como para empresas, que se reciba en forma de crédito fiscal, de modo que quienes no hubieran cumplido con los niveles exigidos para la ayuda las devolvieran al liquidar sus impuestos.

Naturalmente, esto último requiere una disposición inmediata de liquidez mucho mayor pero que sería recuperable y que podría evitar mucho mejor la parálisis en el flujo de ingresos; además de ahorrar mucho tiempo y dinero en la gestión.

Sin embargo, la principal objeción que se puede hacer al plan del gobierno es que se basa en una premisa que el presidente Sánchez repitió ayer varias veces: el carácter temporal de la crisis.

Si fuese así, si la parálisis de la actividad durase tres o cuatro semanas y eso supusiera una caída de la actividad de entre un 25% y un 50% respecto a la normal, ya nos encontraríamos ante un shock de emergencia, pero efectivamente superable en unos meses, quizá en un año. Me temo, sin embargo, que eso no es lo más

probable. Primero, porque no estamos seguros de que el problema sanitario vaya a durar poco tiempo. Segundo, porque la economía mundial ya venía sufriendo una desaceleración que va a hacer muy difícil que la recuperación sea tan rápida, puesto que no vamos a tener que recuperarnos solo del shock del virus. Y tercero, porque la pandemia ha despertado otros fallos del sistema que estaban más o menos latentes y que nos van a hacer mucho daño: la locura de las bolsas, el comportamiento criminal de los fondos de especulativos, la baja rentabilidad del capital productivo en comparación con el financiero que no crea empleo ni riqueza, la espiral de la deuda, la desigualdad y el cambio climático.

Y si eso fuese así, la conclusión es que las respuestas del gobierno van a ser desgraciadamente insuficientes. Se va a necesitar mucha más munición, más dinero. Y lo cierto es que España (como otros países europeos) no puede ponerlo por sí sola en las condiciones establecidas por la Unión Europea que sólo buscan propiciar el negocio de los bancos aumentando continuamente la deuda.

Las medidas que ha anunciado el gobierno ya van a suponer de por sí un incremento muy peligroso de nuestro endeudamiento, no sólo público sino también privado. Tan peligroso que, si no se toman medidas complementarias de control de capitales y de mutualización, será inevitable que a corto plazo tengamos problemas quizá más graves que los actuales y que España no pueda hacer frente a los pagos, requiriendo un rescate mucho más fuerte que en la crisis anterior. No nos engañemos: el esfuerzo financiero que realmente se necesitaría para evitar el colapso de nuestra economía o la quiebra no podemos hacerlo solos en el seno de la Unión Europea.

Si no conseguimos forzar un cambio de actitud de Alemania y de las autoridades europeas las medidas que ha aprobado el gobierno -imprescindibles- serán pan para hoy y gravísimos problemas de solvencia para mañana. Ya se están haciendo cuentas sobre cómo será el rescate de Italia, porque no podrá salir por su cuenta del problema en el que se encuentra. Y nosotros podríamos ir detrás.

Ahora, lo principal es poner en marcha cuanto antes las medidas de emergencia, pero el gobierno no debería equivocarse: debe resolver los problemas inmediatos tal y como está haciendo, pero ha de poner las luces largas porque los problemas se pueden extender por más tiempo del que desgraciadamente parece haberse contemplado. En cualquier caso, en momentos tan difíciles y dolorosos como los de ahora, no hay mejor forma de asegurar que un gobierno acierte que la de mantener un control ciudadano constante de lo que hace y proporcionarle, eso sí, el mayor apoyo posible con la máxima unidad y complicidad ciudadanas.

## POR FIN REACCIONA EL BCE, AUNQUE NO DE LA MEJOR MANERA

Publicado en Público.es  
el 19 de marzo de 2019

De forma completamente imprevista, el Consejo de Gobierno del Banco Central Europeo tomó anoche la decisión de destinar 750.000 millones de euros a comprar activos públicos y privados en los mercados.

Lo que se busca es asegurar que los títulos que tendrán que emitir los gobiernos para financiar sus planes de actuación frente al coronavirus y de estímulo para frenar la crisis posterior tengan su compra asegurada y que ésta no provoque una subida peligrosa en las primas de riesgo.

Esto último se produciría (como ya pasó en la crisis de 2008) si los prestamistas aprovechan la situación de necesidad para encarar extraordinariamente la financiación, produciendo dificultades añadidas a la economía que pueden llegar a ser extremas.

La medida proporciona sin duda una gran tranquilidad porque la presidenta Lagarde había venido a decir en su anterior intervención que su preocupación no iba a ser evitar que aumentaran los diferenciales de riesgo. Una auténtica barbaridad que se corrige con esta decisión. Ahora se puede esperar que, al menos, los fondos especulativos no abalancen sobre los gobiernos de Italia o España, primero y luego otros, cuando salgan a los mercados.

Hay que dar la bienvenida a esta medida y mucho más cuando se trata de un nuevo reconocimiento en la práctica de lo profundamente erróneo que fue establecer en su día que el banco central no pueda financiar a los gobiernos. Tuvo que hacerlo Draghi (afortunadamente) y vuelve a hacerlo su sucesora.

El problema de esta medida es que el Banco Central Europeo de nuevo va a financiar a los gobiernos por la puerta de atrás. Es decir,

que primero da dinero a los bancos privados al 0% y luego son estos los que financian (lógicamente lo más caro que puedan pues ese es su negocio) a los gobiernos o empresas. Y en medio quedará una impresionante factura de intereses que irá a la caja de los bancos. Casi 4 billones de euros han pagado en intereses a los bancos los 28 países de la UE desde 2008 a finales de 2019: ¿se imaginan lo que se podría haber hecho con ellos si el BCE hubiera financiado a los gobiernos con la misma generosidad que a los bancos?

No se puede bajar la guardia. La tranquilidad e incluso la tranquilidad con la que, sin duda y justificadamente, se va a recibir el anuncio de intervención del Banco Central Europeo no pueden ocultar que todavía se está muy lejos de hacer lo que es razonable que se haga. Los bancos centrales, y el europeo en particular, deben financiar directamente a los gobiernos, con responsabilidad, con máxima exigencia, con control, con sentido de la necesidad y sin despilfarro ni corruptelas, por supuesto.

Mientras tanto, tampoco se puede olvidar que hay vías que pueden aligerar la carga que se va a generar para los estados y que se podrían poner en marcha ahora mismo. Si el endeudamiento es mancomunado, por ejemplo, es mucho más barato. Y el Banco Central Europeo podría empezar a comprar ya una proporción de la deuda pública de los países (por ejemplo, la superior al 60%) para transformarla en otra a largo plazo o perpetua. Eso dejaría mucho más libres sus manos para llevar a cabo los programas que habitualmente son imprescindibles para garantizar el bienestar, los servicios públicos y las mejores condiciones posibles para que las empresas privadas creen empleo y riqueza.

Se sigue yendo por el camino inadecuado de aumentar la deuda y la factura de los intereses (aunque ahora mismo sean bajos y no supongan la carga de fases anteriores). Es el único camino que sabe recorrer el capitalismo neoliberal de nuestros días, completamente plegado a los intereses de la gran banca. Al menos, el hecho de que tenga que saltarse estas normas cuando hay problemas de verdad muestra a quien quiera verlo que es imprescindible dejar de ser cínicos y comenzar a establecer principios de actuación razonables

que no sigan provocando los problemas financieros que vivimos constantemente.

La vida de los seres humanos y la conservación del planeta son los bienes más preciados que hemos de cuidar y conservar y para eso está demostrándose estos días que es imprescindible que existan servicios públicos potentes y bien dotados. Su desmantelamiento más o menos inmediato, impuesto de facto por los criterios prevalecientes de financiación, es una aberración que pagamos cara y ahora es el momento de empezar a evitar que siga ocurriendo en el futuro.

En todo caso, no se puede olvidar tampoco que la compra de deuda gubernamental o empresarial no es la única medida que puede o debe tomar el Banco Central Europeo. Ahora es el momento de avanzar también en la adopción de fórmulas más valientes y novedosas, en la puesta en circulación de monedas digitales o en llevar estas inyecciones masivas de liquidez directamente, y no mediante intermediarios costosos, al bolsillo de los hogares, de los autónomos o de las micro y pequeñas y medianas empresas.

El BCE ha despertado y ha corregido el error de principiante de Lagarde pero la medida anunciada ni es la mejor ni es todo lo que puede hacer.

## CERRAR LAS BOLSAS Y CONTROLAR LOS MOVIMIENTOS DE CAPITAL. NO HAY OTRA

Publicado en Público.es  
el 20 de marzo de 2019

Las bolsas de valores nacieron para desempeñar funciones esenciales en las economías de mercado: canalizar el ahorro hacia la inversión que necesita la actividad productiva, proporcionar liquidez a quienes venden títulos de cualquier tipo (empresas, Estado o individuos), fijar el precios de los activos financieros y, como éste se establece en función del beneficio esperado de los títulos que a su vez depende de cómo marchan las economías, actuar como una especie de termómetro de lo que ocurre en todas ellas, en las empresas e incluso en la acción de los gobiernos.

Sin embargo, en las últimas décadas las bolsas se han desnaturalizado. En lugar de servir de instrumento para que el "papel" (los títulos financieros) financie y proporcione recursos que pongan en marcha la actividad productiva, éste se ha convertido en objeto mismo de las compras y ventas. Por ejemplo, la gran mayoría de las divisas que circulan no se adquieren para ir de viaje, para comprar productos o para invertir en otros países, sino para tratar de obtener ganancias con el cambio de sus cotizaciones. Y lo mismo ocurre con una acción: no se compra en función de que la empresa que la emitió vaya a ir bien y proporcione buenos dividendos, sino para obtener rentabilidad vendiéndola en cuanto suba un poco su precio. O, lo que es peor, para generar a partir de ahí un "producto derivado", un seguro o algo parecido, pero mucho más complejo, que igualmente se vende y compra tratando de sacar rentabilidad puramente especulativa.

Hace cuarenta o cincuenta años ese tipo de operaciones no valía la pena realizarlas porque eran lentas, los intercambios costosos y las cantidades que se podían vender o comprar no muy grandes. Pero la llegada de las tecnologías de la información cambió todo. Con ordenadores, fibras y algoritmos que toman las decisiones

automáticamente, se pueden realizar miles de operaciones en milisegundos. Así se obtiene una ganancia muy pequeña en cada operación, mas como se hacen millones y millones al cabo del día sin parar (las máquinas van enganchando una bolsa con otra alrededor del planeta) los beneficios son muy grandes. Los bancos (que ganan dinero prestando, es decir, generando deuda) vieron una oportunidad de oro en este tipo de negocios y se dispusieron a prestar todo lo que hiciera falta para financiarlas. Y así es posible que cuando alguien se dispone a invertir, por ejemplo, 1.000 euros, disponga desde el principio y automáticamente de 1.500 o 2.000 o incluso 3.000, que se le prestan para que multiplique el volumen de operaciones, siendo ésta una de las causas del crecimiento exponencial de la deuda en nuestras economías.

Las consecuencias de todo ello han sido muy claras. En primer lugar, los negocios financieros especulativos son mucho más rentables que los que proporcionan ganancias produciendo bienes o servicios, vendiéndoles, cobrándolos, contratando trabajadores, luchando y sufriendo todo tipo de vicisitudes... de modo que estos últimos cada vez tienen menos rentabilidad relativa y son menos atractivos. La actividad financiera absorbe los recursos que necesitaría la realmente productiva y esa “financiarización” destruye empleo y produce la ralentización económica no virtuosa de las últimas décadas. En segundo lugar, se producen muchas crisis y pánicos, porque los negocios especulativos son muy volátiles, ya que en gran medida dependen de decisiones que apenas tienen que ver con las condiciones objetivas de las empresas y de la economía en general. En tercer lugar, se provoca un extraordinario incremento de la deuda. Por último, todo eso condiciona de un modo muy perverso la actividad de las empresas: si quieren financiación no será necesario que proporcionen buenos dividendos, sino que las cotizaciones de sus acciones sean lo más altas posibles. Esto ha dado lugar, por ejemplo, a que en los últimos años un gran número de las mayores empresas del planeta no hayan dedicado sus beneficios y ahorro a la actividad productiva sino a comprar sus propias acciones o las de otras empresas. Y eso ha provocado una onda alcista tremenda que no tiene otro fundamento que la mera especulación.

Así, como he dicho, las bolsas se han desnaturalizado. No se dedican a desempeñar las funciones para las que nacieron y que son efectivamente necesarias. Como escribió el Premio Nobel de Economía Maurice Allais, se han convertido en "casinos reales donde se juegan gigantescas partidas de póker". Ahora, los productos financieros, las operaciones especulativas sobre ellos y la deuda anexa crecen sin cesar y sin relación con el desarrollo de la actividad productiva. Un ejemplo: la circulación de divisas que teóricamente sirve como instrumento del comercio internacional es hoy día unas 21 veces mayor que el PIB mundial y 65 más que el volumen del comercio internacional de bienes y servicios. Un sinsentido.

Las bolsas son la expresión de una locura insostenible incluso para la economía capitalista. Esta funciona gracias a que los mercados determinan los precios que sirven de referencia para la toma de las decisiones, se supone que eficientemente. Pero si las bolsas sólo siguen lógicas especulativas y sus vaivenes enloquecen, los precios lo hacen también e inevitablemente se arrastra a la crisis al sistema productivo porque sus referencias, los precios, son inadecuadas. No es casualidad, sino todo lo contrario, que de 1970 (cuando comienza la desnaturalización de las bolsas) a la actualidad, se hayan producido 107 crisis bancarias, 177 de divisas y 42 de deuda en todo el mundo, según un estudio del Fondo Monetario Internacional.

La especulación y la locura de las bolsas son peligrosas siempre, mas cuando se desatan en medio de una tormenta sus efectos pueden ser catastróficos. Y eso es lo que está ocurriendo en la actualidad. Cuando la vida de millones de personas está amenazada y los gobiernos luchan para tratar de poner orden en las economías, los fondos especulativos se comportan como auténticos buitres carroñeros que trasladan la inestabilidad extrema de las bolsas al resto de la economía (e incluso al conjunto de la sociedad, porque producen miedo). En las llamadas operaciones a corto, por ejemplo, toman prestado un título (ni siquiera es suyo, de modo que le dará igual lo que ocurra con él), hacen un seguro apostando a que su cotización va a bajar y luego hacen todo lo posible para que baje,

algo que les resulta bastante sencillo gracias a que manejan fondos millonarios y a que tienen gran poder político y mediático. Cuando lo han hecho caer, lo devuelven, cobran la prima del “seguro” y recogen los beneficios. Eso lo pueden hacer 7.000 u 8.000 veces en el tiempo que se tarda en parpadear y así no sólo pueden hundir la cotización de cualquier título financiero sino a un Estado, arruinándolo por completo, tal y como ya ha ocurrido en varias ocasiones.

Mantener en funcionamiento esa locura en medio de una crisis global como la que estamos empezando a vivir, cuando una pandemia está paralizando las economías con efectos imprevisibles, en cualquier caso muy graves, es una barbaridad. Hay que cerrar las bolsas para evitar que su locura especulativa destruya el sistema financiero, que ponga al borde del precipicio las economías nacionales y que imposibilite la recuperación de la actividad productiva de las empresas justo cuando más se necesita.

Las bolsas se han cerrado ya en otras ocasiones y no solo no ha sucedido nada, sino que el cierre devolvió la calma a los mercados y la razón a las empresas, evitándose pánicos y quiebras generalizadas. En la situación actual sólo las empresas de comportamiento menos correcto y los fondos especulativos más poderosos, ni siquiera todos y mucho menos los ahorradores pequeños, son los que se benefician de lo que está ocurriendo. Hay que cerrarlas y tengo la seguridad de que se van a cerrar antes o después en esta crisis (Wall Street ya se ha tenido que detener tres veces en las últimas dos semanas). Pero es necesario que eso se haga cuanto antes, y como resultado de una decisión global que debería tomar un G7 ampliado. Quien, además, debería asumir la necesidad de impulsar y garantizar la reforma de su funcionamiento en todo el mundo, una vez que pase la tormenta. Que nadie tenga duda: si se deja que las bolsas sigan funcionando como hasta ahora, será imposible evitar que se produzca una debacle financiera catastrófica, más pronto que tarde.

Ahora bien, el imprescindible cierre de las bolsas mientras dure la situación de crisis servirá de poco ante las convulsiones que nos esperan en las próximas semanas y meses si al mismo tiempo no se

establecen controles sobre los movimientos del capital especulativo. Sobre todo, teniendo en cuenta que la especulación extrabursátil (en mercados no regulados ni supervisados) es cada día mayor y también más peligrosa.

No estoy proponiendo una barbaridad. Incluso el Fondo Monetario Internacional ha reconocido que estos controles son necesarios cuando se producen flujos de entrada o salida "disruptivos". Como ya están empezando a ser y como lo serán mucho más cuando países grandes, como Italia o España sin ir más lejos, tengan que acudir a los mercados a financiarse si no reciben el apoyo (ojalá no la soga) de la Unión Europea.

Mantener abiertas las bolsas, tal y como están funcionando, y dejar en libertad a los movimientos especulativos de capital es como meter un perro rabioso en el quirófano donde se lucha a vida y muerte para salvar al enfermo. Es una gravísima irresponsabilidad y nadie podrá extrañarse si no tomar esas medidas ya nos lleva a la catástrofe.

## OCHO ERRORES DE LA UNION EUROPEA Y SUS SOLUCIONES

Publicado en Público.es  
el 21 de marzo de 2019

Estoy completamente seguro de que todas las autoridades europeas están haciendo un esfuerzo inmenso para tratar de dar la mejor respuesta posible a la crisis en la que estamos. Sin embargo, los hechos muestran, a mi juicio, que no están acertando con las medidas que toman.

En artículos anteriores me he referido a lo que creo que se viene haciendo mal pero, como se siguen cometiendo errores de envergadura, voy a insistir de nuevo en ellos de forma algo más detallada.

### *Primer error*

Esta crisis no se puede enfrentar como si fuera la de 2008. Entonces se produjo una paralización de la economía que debía resolverse inyectando dinero para que las empresas y los consumidores siguieran produciendo y consumiendo. Ahora, las medidas inmediatas no deben buscar eso. El problema que tenemos es otro: durante un tiempo que puede ser largo, muchas empresas y consumidores no van a poder producir ni consumir, aunque dispongan de dinero suficiente para ello, porque estamos en una crisis sanitaria que obliga a paralizar la vida económica. Por tanto, no se necesita estimular, sino mantener en hibernación a las empresas y a las personas, puesto que si mueren en el periodo de inactividad, lo que tendremos después no será una recesión sino una depresión muy larga.

### *Segundo error*

Por la razón anterior, no vale con proporcionar alivio venidero en forma de préstamos sino evitar desde este mismo momento que

las empresas tengan que cerrar en unas pocas semanas y que haya personas que se queden completamente sin ingresos.

Por tanto, lo que se necesita son ayudas inmediatas de dinero en los bolsillos y en las cajas de las familias y las empresas. Y no es necesario darlo a todas sino a las que efectivamente lo necesitan para sobrevivir (una cuestión técnica secundaria que no puedo tratar aquí es cómo lograrlo). Una parte muy considerable del que diésemos a quienes no están perdiendo ingresos no se iba a poder gastar en una situación de catástrofe sanitaria.

En este sentido van, correctamente, las medidas que están tomando los gobiernos como el español, pero es necesario que se extiendan, que se agilicen y que proporcionen más recursos. No basta con que las empresas se mueran sólo un poco, sino que hay que evitar que desaparezcan ahora o unas pocas semanas o meses después de que pase la emergencia sanitaria. Si queremos que no cierren miles de empresas, no basta con retrasar pagos de impuestos, sino que hay que eliminarles la carga que no puedan soportar durante el tiempo que dure su inactividad. La única solución posible es que los gobiernos garanticen que las empresas y los hogares sigan manteniendo -al menos en la mayor parte- su flujo de ingreso durante este primer periodo de inactividad.

### *Tercer error*

Hace falta más dinero con carácter inmediato. Es verdad que eso lo reconocen las propias autoridades, pero no llevan a la práctica lo que dicen.

En estos momentos no puede haber limitación alguna a la hora de proporcionar el dinero que necesita el sector sanitario, el de cuidados, el mantenimiento de las condiciones de vida digna de las personas y la supervivencia de las empresas cuando, como he dicho, aunque quisieran no pueden realizar actividad alguna.

En realidad, el error que cometen las autoridades europeas no es que no quieran poner más dinero, sino que están recurriendo a una fuente para ponerlo que no puede dar el que se necesita; bien

porque es un mecanismo lento y no es seguro que funcione (préstamos de los bancos), bien porque se tiene miedo a que, si lo ponen los propios gobiernos endeudándose, tengan que asumir el riesgo de no poder soportar la carga financiera poco tiempo después.

Se equivocan porque existe la posibilidad de disponer de todo el dinero necesario, sólo que se debe acudir a la fuente adecuada, que no es otra que la que en última instancia crea el dinero que hay en la economía: el banco central que puede darle a los gobiernos y a la economía en general lo que nadie más puede proporcionarle de un día para otro: todo el dinero que necesiten (los bancos privados también crean el dinero de la nada aunque haciendo negocio con ello).

Recurrir a los bancos comerciales para financiar a los gobiernos y a las empresas en medio de una emergencia sanitaria es una barbaridad y una irresponsabilidad histórica (si no algo peor) puesto que retrasa la financiación, la hace más cara y convierte la ayuda de hoy (o, mejor dicho, la que se recibirá pasado mañana) en una carga más que solo retrasará el cierre de miles de empresas.

#### *Cuarto error*

Mucho peor que el de recurrir a los bancos comerciales en una emergencia es el error de utilizar, como ya se está barajando, el Mecanismo Europeo de Estabilidad, es decir, esperar a que los países caigan para levantarlos después mediante rescates que estarían vinculados a condiciones sociales y económicas draconianas. Algunos lo están pensando, es la solución fácil, la del matarife, y esto es mucho peor que un error.

#### *Quinto error*

La Unión Europea se equivoca también limitándose a anular las reglas fiscales de contención como hará la semana próxima anulando el Pacto de Estabilidad y Crecimiento y permitiendo que los gobiernos escapen del corsé fiscal que les impone.

Se trata de una medida necesaria e inevitable pero completamente insuficiente: es como si las autoridades de una ciudad en

donde está prohibido que las calles se mojen, cuando se produce un tsunami lo que dicen es que se permite que se mojen. ¡Pues claro que los gobiernos se van a saltar esas reglas! (salvo que estén en manos de irresponsables dispuestos a que sus compatriotas mueran por falta de recursos sanitarios y a que su economía se hunda irremisiblemente más tarde).

No basta con eliminar esas reglas que cualquier gobierno sensato se iba a saltar de facto, sino de establecer al mismo tiempo en qué condiciones podrán gastar ahora, en medio de la emergencia, más de lo que se puede gastar con esas normas. Es decir, lo que tendría que hacer Europa es establecer las condiciones necesarias para que este gasto extraordinario y el incremento de deuda que va a producir no lleve consigo después un daño económico (y político) incluso peor del que ahora estamos viviendo.

Para evitar este error lo que se necesita es que la financiación extraordinaria a la que han de recurrir inevitablemente los gobiernos no esté sometida a la amenaza de “los mercados” (en realidad personas individuales o societarias con nombres y apellidos). Y eso es algo que se puede conseguir fácilmente, como digo, si el Banco Central Europeo es quien actúa como prestamista directo de los gobiernos o garante de esa financiación, y no sólo como el que paga el banquete de la banca.

#### *Sexto error*

Si se leen las declaraciones de los dirigentes de los bancos centrales o de la Comisión (véase, por ejemplo, el artículo que hoy mismo publica el gobernador del Banco de España en el diario El País) es fácil observar que se hablan dándose orientaciones uno a otro, como si fueran (en realidad lo están siendo) dos polos diferentes del problema, dos fuentes distintas e independientes de decisión. Eso es un error porque de lo que se trata ahora es de utilizar una tijera que, como he dicho, corte por lo sano. Pero esa tijera, como todas, tiene dos hojas, la de quien pone el dinero (el banco central) y la de quien lo gasta (los gobiernos). Y ninguna tijera puede funcionar actuando cada hoja por su lado. Es algo que

sabemos desde hace mucho tiempo y la metáfora se la debo al premio Nobel James Tobin: “La idea de que el dinero y los precios pueden separarse y delegarse al banco central mientras que el Congreso y el Ejecutivo se ocupan por su cuenta del presupuesto, los impuestos, el empleo y la producción es una falacia”.

Es un trágico error que en medio de una catástrofe se siga actuando bajo esa engaño, haciendo creer que lo mejor es que el Banco Central Europeo actúe sin ponerse de acuerdo con los gobiernos. En estos momentos de emergencia extraordinaria todas las autoridades deben sentarse y actuar al unísono, adoptando medidas acordadas entre todas y ayudándose una a otra a resolver el problema gravísimo al que se enfrentan las personas y las economías.

### *Séptimo error*

Los gobiernos europeos, y en particular el alemán y el de Países Bajos, están cometiendo un error de dimensiones históricas imponiendo la idea de que cada país debe actuar por su cuenta para hacer frente a la pandemia. Un error al que, en menor medida, ha contribuido también el Banco Central Europeo cuando dijo que no podía hacer más y que la solución era fiscal y que dependía de los gobiernos, de unos gobiernos que hoy día no disponen ni de recursos propios, ni de moneda propia, ni de una hacienda común.

Alemania, sobre todo, se equivoca por dos razones. La primera, porque es estúpido dar respuestas locales a una crisis sanitaria y después económica que es intrínsecamente propia de la sociedad interrelacionada y globalizada en la que vivimos. Y la segunda, porque está quemando sus propias naves. La gente que va a sufrir de nuevo por el empeño ultramontano alemán, o por su inconfesable voluntad de seguir dominando a toda Europa por cualquier medio, terminará viendo lo que hay detrás de la falta de respuestas mancomunadas: ética supremacista, egoísmo y ánimo de dominar.

Es verdad que Alemania ha podido acumular superávits comerciales gigantescos gracias al diseño actual del euro, pero también lo es que necesita a sus socios y que si ella misma genera un

profundo sentimiento anti alemán y antieuropeo lo que hace es matar a la gallina que le pone huevos de oro.

### *Octavo error*

Se equivocan también las autoridades si confían preferentemente, tal y como expresamente se decía en el comunicado del Eurogrupo, en los llamados estabilizadores fiscales automáticos, es decir, en la bajada de pagos fiscales o en el aumento de los subsidios que se ponen en marcha automáticamente cuando baja la actividad.

El tipo de impacto que estamos sufriendo requiere mucho más. Y, repito, no sólo impulso económico puesto que en medio de una sociedad obligadamente paralizada por razones sanitarias no basta con poner gasolina al motor, sino que se trata de evitar que no se eche a perder por no utilizarla.

Son demasiados errores y que además están costando muy caros porque se refieren a actuaciones inmediatas que van a ponernos en peligro cuando salgamos de la crisis sanitaria, si se siguen cometiendo.

¿Cómo no está claro que si se sale de esta con las empresas cerradas vamos directos a un problema subsiguiente de nuevas y terribles consecuencias? ¿Cómo no se entiende que una emergencia sanitaria global no se soluciona con el vaso medio vacío sino con todos los recursos disponibles y creando otros nuevos, como pueden hacer los bancos centrales? ¿Cómo no perciben que una cuarentena que se alargue significa el cierre inevitable de empresas y la ruina de las personas si no se les garantiza un flujo mínimo de ingresos? ¿Cómo no se dan cuenta de que eso no se está consiguiendo ni se va a lograr con las medidas que están tomando hasta la fecha?

La Comisión Europea debe sentarse con el Banco Central Europeo, poner sobre la mesa todo el dinero necesario y permitir que los gobiernos garanticen inmediatamente el flujo de ingresos que están perdiendo las empresas y las familias. Sea como sea, sea la

cantidad que sea y sean cuales sean mañana las consecuencias de esa actuación de ahora porque, en cualquier caso, no serán peores de las que tiene equivocarse y no hacer ya lo que se debería haber hecho.

## HAY ALTERNATIVAS. PERO QUEDA POCO TIEMPO PARA EVITAR UNA CATASTROFE

Publicado en Público.es  
el 23 de marzo de 2019

El Gobierno ya ha anunciado que propondrá al Congreso de los Diputados que se prolongue por quince días el estado de alarma y eso quiere decir que ya sabemos con seguridad el problema económico al que se enfrenta España.

Es muy fácil de entender. Según un estudio del Ministerio de Industria, Comercio y Turismo del año pasado, en nuestro país hay aproximadamente 2,9 millones de empresas, de las cuales:

1 millón son microempresas (1-9 empleos) que ocupan en total a 3,5 millones de trabajadores.

160.000 son medianas empresas (10-49) que emplean a 3 millones de trabajadores.

26.000 son medianas empresas (50-249) que proporcionan empleo a 2,5 millones de trabajadores.

Algo menos de 5.000 son grandes empresas (más de 250) que ocupan a 5,6 millones de trabajadores.

Y, en total, en España hay unos 3,2 millones de personas que trabajan como autónomos

Las preguntas que hay que hacerse son elementales y creo que no hace falta tener doctorados en economía para contestarlas, ni las responderán de una manera diferente quienes sean de derechas o de izquierdas, ni quienes sean ricos o pobres:

¿Cuánto pueden aguantar las microempresas, las pequeñas y medianas empresas o los autónomos cuando dejan de recibir ingresos durante cuatro semanas o más porque se paraliza su actividad para evitar la propagación del virus, o incluso las empresas más grandes?

¿Qué pasará en España si una buena parte de esos millones de trabajadores que emplean dejan de recibir sus salarios?

Las respuestas creo que son evidentes y se pueden resumir en una sola conclusión: si no se compensa en todo o en buena parte y con dinero efectivo a las empresas, a los trabajadores autónomos y a los asalariados que ahora dejan de tener ingresos mientras deben seguir haciendo frente a los pagos de su día a día, la economía española va directa a la catástrofe y se dispararán la pobreza y los problemas sociales de todo tipo. Se pueden hacer cálculos y poner números pero el resultado será siempre el mismo, una catástrofe.

En estos momentos, no hay otro problema económico por delante sobre la mesa y no hay otra solución que no sea garantizar ese flujo de ingresos a la totalidad de las empresas, los hogares y las personas que los pierdan como consecuencia de la cuarentena o del bloqueo productivo. Y es urgente hacerlo.

El gobierno español ya ha tomado medidas para tratar de hacerlo mediante ayudas de diferente tipo. Mas no queda más remedio que decir que son insuficientes y que no se van a dar por el camino adecuado.

No basta con que esas ayudas sean parciales. Deben llegar a la totalidad de las empresas, trabajadores y familias que se quedan sin ingresos y de la manera más rápida.

Es posible que para las empresas más grandes o en mejor situación económica sean suficientes los créditos con los avales anunciados, aunque esa no es la situación de la inmensa mayoría de las empresas españolas que suelen estar en la cuerda floja. E igual ocurre con las familias.

La ayuda debe llegar en efectivo y no como deuda.

Hay que tener en cuenta, además, que se trata de llevar la ayuda a todos los rincones de la geografía española, a millones de trabajadores autónomos y microempresas que en los últimos tiempos han comenzado a estar en muchos casos financieramente desatendidos.

Las ayudas fiscales, las subvenciones finalistas, incluso los créditos para reincorporarse a los mercados y, en general, las medidas de estímulo a la economía serán necesarias más adelante pero no son lo imprescindible en este momento. Harán falta para la reactivación mas ahora se trata de no morir. Por mucho que se quiera, ahora solo se consumirán los productos básicos para los que se puede salir a la calle porque no todo el mundo usa el comercio electrónico, ni tampoco ese puede ser la solución porque la mayor parte de sus ganancias se derivan a grandes empresas que generan poco trabajo y de calidad en España.

La cuestión es muy clara: se trata de que los responsables de las empresas y los trabajadores se puedan quedar en sus casas (como es imprescindible para frenar la propagación del virus) con la seguridad de que no van a perder ni sus negocios ni sus empleos una vez que se acabe con la epidemia.

No vale tampoco con establecer simplemente una renta básica universal. Por muchas que sean sus ventajas en algunos aspectos, ahora no sirve: no sería suficiente en la mayoría de los casos en que se pierde el salario y sobraría en los demás y, sobre todo, no da respuesta a la otra cara del problema, la supervivencia de las miles de empresas que no pueden desarrollar su actividad.

Es difícil de calcular. Siguiendo la experiencia china y dependiendo de lo largo que sea el periodo de cuarentena sin ingreso, algunos economistas han estimado que una compensación total de la pérdida de ingresos podría costar entre un 7-8% y un 25% del Producto Interior Bruto, es decir, entre 85.000 y 300.000 millones de euros en España. Y una cantidad menor, lógicamente, si la compensación no cubre la totalidad de los ingresos.

Es mucho dinero y es evidente que el Estado no lo tiene disponible. Debe recurrirse a financiación externa. Lo ideal y lo lógico sería, como he explicado en otros artículos anteriores, que la proporcionara el Banco Central Europeo en cooperación con las demás instituciones de la Unión Europea. Pero los cestos tienen que hacerse con el mimbres disponible. Por tanto, y mientras Europa no

rectifique, no hay otra posibilidad que actuar con independencia del BCE, aunque se deba seguir presionando para que en la Unión Europea se imponga la cordura.

En consecuencia, la única alternativa posible para evitar una catástrofe económica en nuestro país es recurrir al endeudamiento que haga falta. Sin límites.

Además de recurrir a la banca privada (ya llegará la hora de pedir cuentas a quien haya que pedírselas por el sobre coste que eso supone) hay otras vías que se podrían explorar con urgencia. Se me ocurren tres:

- \* Emisión de Deuda Patriótica a largo plazo suscrita por los españoles que podamos tener una mínima capacidad de ahorro. Es verdad que pasamos una carga a las generaciones futuras, aunque en este caso por una razón de supervivencia y teniendo en cuenta que no podremos salir bien de esta coyuntura si no ponemos las luces largas y nos replanteamos nuestro modo de vida, ofreciendo, a cambio, mejores condiciones de vida a nuestros hijos y nietos.

- \* Creación de un Fondo de Emergencia Solidario, una especie de crowdfunding nacional para proporcionar liquidez a las empresas que se comprometan a mantener sus puestos de trabajo, a no recurrir a paraísos fiscales y a poner en marcha lo más pronto posible estrategias de sostenibilidad y de contribución a la economía del bien común.

- \* La asunción de algún tipo de recorte temporal y ponderado en el sueldo por parte de los empleados públicos o de cualquier otro colectivo profesional que goce de una mejor situación económica.

Para aliviar el peso de la deuda que haya que echarse encima a causa de la epidemia, también será necesario actuar en la línea anunciada por el gobierno, aunque complementando sus medidas: paralizando el pago de alquileres para quienes vean reducidos sus ingresos, tarjetas de crédito y otros gastos, quizá obligando a prorratear en el resto del contrato las cantidades postergadas, y, como se está anunciando, el de los impuestos. Y, por supuesto, tratando

de recuperar en la mayor medida de lo posible y cuanto antes la ayuda que ahora se preste.

El gobierno debe tomar la decisión de proporcionar esta garantía de ingresos a empresas y familias inmediatamente y, lo que es muy importante, comunicar cuanto antes a la sociedad que va a hacerlo, para que cunda la tranquilidad y se pueda aguantar el tiempo que haga falta con la seguridad de que habrá compensación suficiente. Otros países con menos fortaleza económica que nosotros lo están haciendo y cada día que pase sin tomar esa decisión es un paso que damos hacia el abismo.

Algunos medios informan de que dentro del gobierno español hay algunos ministerios más favorables que otros a poner en marcha las medidas que impliquen incrementar el gasto y la deuda.

No sé si eso será cierto y, en todo caso, mi influencia al respecto es nula pero no puedo mantenerme callado y pido al resto de los españoles que tampoco se queden para presionar conjuntamente.

Apelo a la responsabilidad de este gobierno, a la de todos los partidos y responsables de las instituciones públicas. No pueden caer en el error de creer que esto es una situación temporal. El periodo de inactividad que ya se ha anunciado es letal con toda seguridad. Cuatro o cinco semanas de inactividad, sin ingresos, son demasiadas para docenas de miles de empresas y trabajadores.

Hay que actuar con valentía y poner el dinero que haga falta en sus bolsillos sin mirar en estos momentos a cualquier otra consecuencia. Los españoles sabremos estar a la altura a la hora posterior de hacer cuentas y de asumir las medidas que sea necesario adoptar ante una calamidad como la que estamos viviendo y vamos a vivir, siempre y cuando se adopten con equidad, repartiendo las cargas conforme al sacrificio realizado y a nuestra diferente capacidad de pago.

No se puede anteponer la ideología fiscal a las necesidades de sentido común de los españoles en un momento de emergencia. En estos momentos, el “santo temor al déficit” del Ministro de

Hacienda y Premio Nobel de Literatura José de Echegaray puede destruir a España. Ahora que hay que tomar medidas excepcionales, el miedo al peligro, como dijo Daniel Defoe, es diez mil veces más terrible que el propio peligro. Más nos vale pasarnos que no quedarnos cortos.

## EL VIRUS NO ES NUESTRO UNICO ENEMIGO

Publicado en Público.es  
el 24 de marzo de 2019

El presidente del gobierno y otras muchas autoridades hablan continuamente de guerra para referirse al problema que estamos viviendo. Y es verdad. Seguramente no hay mejor forma de expresar la situación actual, con un enemigo al que hay que combatir y vencer, el virus, en este caso encerrados, poniendo a máxima potencia nuestros recursos sanitarios, científicos o de seguridad, y con toda disciplina y colaboración ciudadana.

Pero, precisamente porque es esto último lo que necesitamos, me parece que esta situación dramática también está poniendo de manifiesto que los españoles no hemos de vencer solamente al virus para salir adelante, no solo en estos momentos de propagación de la epidemia sino también cuando se acabe.

Me temo que tenemos otros enemigos.

Hemos de enfrentarnos al enemigo desgraciadamente invisible para muchos compatriotas que ha ido minando en los últimos años los recursos e instituciones públicos que ahora nos resultan imprescindibles. Y muy en particular los de la sanidad que se han ido traspasando al sector privado, que tiene un alcance y unos objetivos legítimos, pero obviamente distintos y que no son los que permiten hacer frente mejor a calamidades como la que estamos viviendo. Así lo está poniendo de relieve Carlos E. Bayo.

Ahora necesitamos que nuestro personal sanitario trabaje a pleno rendimiento, y desde luego que lo está haciendo así, pero antes no se tuvo miramiento a la hora de despedirlo o de mantener su situación laboral en precario.

Y eso no sólo ha ocurrido desgraciadamente en la sanidad. Hemos dado también miles de millones al sector bancario, supuestamente para rescatarlo y fortalecerlo, pero ahora que lo necesitamos

con urgencia carece del personal y de las oficinas necesarias. Hay que darle todavía más recursos y facilidades y aliviarle las exigencias legales de seguridad para que pueda actuar (en realidad, para que pueda seguir haciendo beneficios), y por desgracia sus dirigentes no paran de poner pegas para proteger sus privilegios.

Nuestro enemigo también es quien antepuso otros intereses a los nacionales, dando lugar a las carencias que ahora sufrimos. Como también lo es el hacer que mucha gente necesitada de servicios públicos se crea el mantra de que lo bueno es que haya menos impuestos, cuando con ello sólo se consigue dejar morir por inanición a los servicios o pensiones públicas para que los privados puedan entrar por la puerta de atrás, o que el Estado no pueda redistribuir más justamente la riqueza para impedir que se siga concentrando sin límite en quienes más tienen.

Ahora necesitamos con toda urgencia una vacuna y que los investigadores actúen a toda velocidad, pero resulta que otro enemigo de España había dejado en mantillas los recursos de investigación, permitiendo que se dismantelaran equipos de primera línea mundial y dejando que nuestros mejores cerebros emigraran a otros países.

Tenemos estos días a los niños en nuestras casas y nos damos cuenta del valor tan extraordinario que tienen los maestros, pero otro enemigo invisible de los españoles ha mantenido al magisterio como una profesión de segunda fila, en la precariedad y en el abandono, casi en el desprecio.

Es verdad que la inmensa mayoría de los españoles está respondiendo en estos momentos con disciplina y unidad. Sin embargo, no es menos cierto que otro de nuestros enemigos invisibles pone continuamente en marcha resortes de incivismo y desobediencia y que constantemente hemos de comprobar que las fuerzas de seguridad (cuya labor, por cierto, tampoco apreciamos en lo que vale para mantener la seguridad y normalidad de nuestra vida cotidiana) tienen que perder tiempo tratando de controlar lo que un mínimo de respeto y cordura debería hacer innecesario.

También es nuestro enemigo la corrupción y no sólo el virus. La corrupción que ha hecho que los españoles apenas confíen en sus representantes o que impide que el Jefe del Estado se pueda presentar día a día con la cara alta ante su pueblo para darle ánimo y confianza en el dolor -como cabría esperar- porque debe sentirse avergonzado al estar descubriéndose al mismo tiempo el corrupto comportamiento de su padre, nuestra anterior máxima autoridad nacional.

Hemos de combatir, pues, no solo al virus sino también al enemigo que ha debilitado o despilfarrado los recursos que ahora necesitamos y al enemigo que impulsa la falta de espíritu ciudadano, el individualismo y el desprecio hacia lo mejor que tenemos. Ahora bien, si hubiera que mencionar otro enemigo quizá aún más peligroso al que apenas le estamos haciendo frente a pesar del daño que va produciendo es nuestro cainismo, nuestra incapacidad para asumir como propio un proyecto nacional ni siquiera en medio de una emergencia sanitaria.

No soy ingenuo. Sé perfectamente que nuestra sociedad es desigual y que en ella laten intereses de clases y grupos muy diferentes y que cada uno tiene un poder muy distinto. Es más, hace unos meses prologué el libro *Las redes de poder en España: Élite e intereses contra la democracia* de Andrés Villena, en el que se muestra que un grupo bastante reducido de personas y grupos es el que teje y maneja casi a su único antojo lo que ocurre en nuestro país desde hace mucho tiempo. Por eso sé que esa enorme y muy oculta concentración del poder de decisión es un enemigo terrible. Sin embargo, ni siquiera creo que sea el peor que tenemos.

Mucho más peligroso es el enemigo que está dentro de nosotros mismos y que nos impide el ser capaces de vencer a todos los demás forjando un proyecto de interés y unidad nacional, no nacionalista o excluyente sino integrador y conciliador de todas nuestras diferencias, al menos, para las cuestiones esenciales de nuestra vida o en situaciones de emergencia como la que estamos viviendo.

Es desolador comprobar en estos días cómo en las redes no se para de propagar insultos de unos contra otros por el simple hecho de defender posiciones diferentes. Y que eso no solo lo hace el pueblo llano, sino los políticos de primera línea o los máximos referentes mediáticos de la opinión pública. Ni siquiera una epidemia que puede matar a cualquiera de nosotros por igual, sin distinción alguno, es capaz de frenar el desprecio y la agresión por razones de opinión incluso entre los grupos familiares. Es el enemigo que impide hacer callar al totalitarismo que hay dentro de quienes creen que la única verdad es la suya, incluso cuando puede ser que en unas horas cualquiera de nosotros ingrese a pasar sus últimas horas en una UCI abarrotada.

Nuestro enemigo es quien nos lleva a informarnos solo a través de las fuentes que sólo corroboran nuestro pensamiento o nuestras preferencias, en lugar de comprobar que hay diferentes puntos de vista y que la verdad no suele encontrarse en un solo lugar sino esparcida, como el viento, entre todas las personas y grupos de opinión. Y el que nos hace creer que lo que nosotros sabemos es todo lo que hay que saber para conocer la verdad. El enemigo es el que lleva a creer que lo que uno conoce una semana después ya lo sabían antes los demás o el gobierno y se basa en eso para criticarlos con saña.

En lugar de actuar como una piña, defendiendo y apoyando a quien tiene la responsabilidad democrática de dirigir nuestros destinos en un momento de peligro, porque así lo han querido legítimamente nuestro voto y nuestras instituciones, y aunque fuese esperando a quitarlo cuanto antes a través de nuevo de las urnas, en lugar de eso, se aprovecha la situación para hacer caceroladas contra el gobierno y para difundir todo tipo de rumores, de mentiras y de infamias para debilitarlo a base de calumnias. Y nuestro enemigo es el que hace que eso lo practiquen incluso nuestros líderes o representantes políticos y que encima se le siga votando.

Nuestro mayor enemigo es el que logra que media España siga creyendo que la otra es la culpable de todo lo que nos pasa. El que nos hace apreciar o defender no a intereses comunes sino tan sólo

a los de quienes son o piensan como nosotros. El que nos hace creer que es posible ser patriota o defender los intereses del pueblo creyendo que solo nosotros somos sus intérpretes o que sólo nosotros sabemos lo que toda España o los demás necesitan. El enemigo es quien lleva a unos españoles a creerse dueños de la bandera de todos e incluso -en el colmo de todo colmo- a decir que nuestros representantes legítimos no tienen el derecho a utilizarla. El enemigo es quien hace creer que España es sólo una parte de ella, la propia.

El enemigo no es el virus sino el que en estos momentos está impidiendo que todos los españoles sin excepción actuemos unidos contra una amenaza sanitaria.

Desde luego que no tengo la solución para combatir a este tipo de enemigos, pero tengo la seguridad de que sin vencerlos no será posible salir con bien ni de esta epidemia ni de otros problemas o crisis que vengan en el futuro, sean cuales sean.

## DE TODAS LAS OPCIONES ELIGEN LA PEOR Y MÁS CRUEL: ESTO ES EUROPA

Publicado en Público.es  
el 25 de marzo de 2019

A última hora de la noche de ayer martes 24 de marzo, los ministros de Economía y Finanzas de la Unión Europea acordaron proponer al Consejo Europeo que la respuesta financiera a la catástrofe del Covid19 sea que los países que lo necesiten recurran a un préstamo del Mecanismo Europeo de Estabilidad (MEDE).

De todas las alternativas posibles es la peor, la más insuficiente y cruel. Explico por qué.

El MEDE es una entidad financiera creada por los diecisiete estados miembros de la zona euro en 2012 con el propósito general de proporcionar ayuda financiera mediante préstamos a los gobiernos que lo necesiten.

La ayuda que presta el MEDE se considera un "rescate" porque no se da en cualquier circunstancia ni para cualquier fin, sino sólo cuando lo pide un país que experimenta graves problemas de financiación y bajo condiciones muy estrictas.

El préstamo puede ser con interés por debajo de los del mercado y con un plan de amortización suave que puede variar según los casos, de modo que puede resultar, ciertamente, más barato que acudir a la banca privada en una situación apurada.

Sin embargo, esta ayuda no es automática ni incondicional. La solicitud del país rescatado deber ser evaluada por la Comisión Europea, el Banco Central Europeo y si es posible también por el Fondo Monetario Internacional. Se recibe en forma de préstamo y se formaliza mediante el llamado MoU (Memorandum of Understanding o Memorándum de Entendimiento) que es un documento en el que se imponen al país una serie de condiciones de obligado cumplimiento en materia de política económica y fiscal.

Las razones por las que me parece que este mecanismo es indeseable para hacer frente a los problemas económicos gravísimos que va a producir la pandemia que sufrimos son varias.

En primer lugar, se quiera o no, recibir un préstamo del MEDE es un estigma. Significa que un país es rescatado y, por tanto, que de alguna manera ha fracasado en su política de estabilización macroeconómica.

Es evidente, sin embargo, que las necesidades financieras que plantea una emergencia sanitaria no son iguales que las derivadas de una mala gestión macroeconómica (suponiendo que entonces estuviera justificado aplicar un mecanismo como este que sacrifica y humilla a quien lo recibe).

Que no se engañe nadie: lo que hay detrás de esta propuesta que parte de los países de centro y norte Europa es aprovechar la ocasión para mostrarse superiores a los de la periferia, haciendo creer que las consecuencias letales de la epidemia son debidas a nuestra condición inferior y de nuestra incapacidad para gobernarnos con eficacia y sin despilfarro. Quieren castigarnos de nuevo para disimular que todo el entramado del euro está pensado y diseñado para que esos países absorban la mayor parte del valor y los beneficios que generamos los demás.

En segundo lugar, establecer que cada país acuda al MEDE por su cuenta para hacer frente a una emergencia sanitaria que afecta a todos los países es renunciar a principios elementales de cooperación y solidaridad, al esfuerzo común y a la complicidad que se supone que deben sostener a los estados miembros de una unión económica y política como la europea (e incluso más una unión monetaria como la eurozona). Recurrir al MEDE no sólo es ofensivo sino que traiciona el espíritu europeo y proclama de facto que Europa se construye a partir de ahora a base del "sálvese quien pueda". Si no hay esfuerzo mancomunado ni apoyo mutuo en medio de una emergencia que provoca la muerte de miles de europeos ¿cuándo los habrá?

En tercer lugar, el MEDE no puede proporcionar toda la financiación que sería necesaria para que una crisis sanitaria, humana, y económica como la que estamos viviendo se resuelva suficientemente bien.

Los ministros de Economía y Finanzas han propuesto utilizar unos 238.000 millones de euros para ofrecer líneas de crédito preventivas de hasta un 2% del PIB de cada país (algo menos de 25.000 millones en el caso de España).

Su insuficiencia es patente si se tiene en cuenta que sólo el plan de apoyo inmediato de Inglaterra es de 400.000 millones, que el de Dinamarca representa el 13% del PIB o que Estados Unidos acaba de aprobar una intervención de 2 billones de dólares. Un grupo de expertos españoles valoraba ayer mismo como muy positivo que España recurriera al MEDE si la ayuda que recibiera fuese de 200.000 millones, casi todo lo que ha propuesto utilizar el Eurogrupo para todos los países.

En cuarto lugar, la alternativa del MEDE es la más cruel de todas las posibles por una razón muy sencilla. El Memorándum de Entendimiento sería sin lugar a duda la vía torticera que obligaría a España a aplicar de nuevo las políticas de recortes y desmantelamiento que son justamente las que han ocasionado que nuestros servicios públicos tengan ahora tantas dificultades para enfrentarse a la emergencia sanitaria. O digámoslo claro, las que han condenado a muerte a muchas personas y las que seguirían haciéndolo con el único objetivo de que el capital privado siga multiplicando sus beneficios.

Naturalmente, se me puede decir que los líderes europeos pueden ahora saltarse el Tratado del MEDE y dar los préstamos sin condiciones pero, si se pueden saltar los tratados, como de facto está ocurriendo cuando el Banco Central Europeo financia por la puerta de atrás a los gobiernos, ¿por qué no saltárselos entonces para que sea el BCE quien financia directamente en esta situación de emergencia?

El acuerdo del Eurogrupo es una auténtica vergüenza para Europa, un verdadero escándalo que la puede hacer saltar por los aires.

Hay otras posibles medidas que son menos costosas económicamente, más seguras, más solidarias y coherentes con el espíritu europeo y más respetuosas con la dignidad, con la soberanía y con el bienestar de las naciones europeas.

La exigencia de contar ahora con financiación extraordinaria no es el resultado de un derroche ni de un incumplimiento de normas previas sino de una emergencia que está matando a miles de personas. Actuar como están haciendo los líderes europeos, con egoísmo y sin diligencia, debería considerarse como algo peor que un simple escurrir el bulto. Su comportamiento comienza a parecerse a un crimen económico contra la humanidad. La austeridad que impusieron en la anterior crisis mató a miles de personas y parece que siguen dispuestos a que eso vuelva a ocurrir.

Espero que se imponga la razón y que los Jefes de Estado y de Gobierno que se reúnen mañana jueves vayan más lejos, rompan los grilletes de la insolidaridad que está atenazando a Europa y que corrijan este acuerdo. La emisión de eurobonos en mucha mayor cantidad de la prevista por el Eurogrupo o la intervención directa sobre empresas y familias del Banco Central Europeo son las alternativas únicas y urgentes. El MEDE no lo es.

Salvo que afortunadamente se produzca un cambio radical de última hora, la presidenta Ángela Merkel impondrá hoy jueves al resto de los gobiernos europeos su tesis sobre la forma de abordar el problema económico que plantea la propagación del Covid19. Tendrá el apoyo de otros países del centro y el norte de Europa y muy especialmente de los Países Bajos, todos los cuales vienen defendiendo desde hace años que la mejor forma de resolver las crisis económicas en Europa es la aplicación de políticas de recorte de gasto que reduzcan la deuda, a pesar de que estas políticas de austeridad no han hecho sino que aumente sin parar.

En esta ocasión, lo que plantean estos países liderados por Alemania y Países Bajos no es exactamente que se actúe con frugalidad, una auténtica barbaridad en medio de una emergencia sanitaria, sino que cada país actúe por su cuenta y que los problemas de financiación que puedan producirse se resuelvan a través del Mecanismo Europeo de Estabilidad (MEDE). Un procedimiento concebido para rescatar a los países que se encuentren en situación de profunda inestabilidad financiera y a cambio de aplicar las políticas que le convienen a Alemania y a los grandes capitales privados y financieros y que producen un gravísimo daño al bienestar de los pueblos.

Es una pena que un gran país como Alemania, que podría ser la cabeza del proyecto europeo de auténtica integración, de estabilidad y de paz que todo el planeta necesita, se olvide constantemente de su historia y vuelva a reproducir errores que tuvieron en el pasado consecuencias trágicas.

Alemania parece olvidarse de que su ansia de dominio y control y su afán por mostrar su superioridad y su expansionismo de tintes

imperialistas provocó dos guerras mundiales en las que murieron millones de seres humanos.

Se olvida Alemania de los efectos dramáticos que produce la avaricia de las grandes potencias cuando lo quieren todo para ellas y cuando se empeñan en imponer condiciones draconianas a los vencidos o más débiles, como hicieron con ella los ganadores de la primera guerra mundial. Las brutales reparaciones de guerra que le impusieron, sabiendo que no iban a poder pagarse nunca, hundieron a Alemania, provocaron su ruina y la indignación de su pueblo y sembraron la semilla del odio y de la sinrazón que llevaron a Hitler al poder.

La Alemania de hoy también se olvida de que aplicar políticas de austeridad cuando no conviene aplicarlas y sólo en favor de los más ricos trae consecuencias nefastas. Tal y como ocurrió con el paquete de fuertes recortes de gastos y aumentos de impuestos que llevó a cabo el canciller alemán Heinrich Brüning de 1930 a 1932. Hoy día sabemos, por los estudios de diversos economistas e historiadores, que la austeridad mal aplicada fue otro de los desencadenantes del descontento y de la crisis social que llevaron al ascenso del nazismo.

Ahora que es tan exigente con la deuda de los demás, Alemania también se olvida de que es precisamente el país europeo que más deuda ha dejado de pagar, al que más se le ha perdonado. En 1930, 1931 y 1932 se le concedieron moratorias y reestructuraciones que dejaron reducida al 2% su deuda original de la primera guerra mundial. En 1939 Hitler dejó de pagar todas las deudas pendientes (incluido ese 2%), y de nuevo en 1953 -cuando debía dinero a más de 70 países- el Tratado de Londres volvió perdonarle el 62% pendiente de la primera guerra mundial, de la segunda y de la postguerra. Se olvida, pues, Alemania, de que ha podido llegar a ser una potencia de nuestra era gracias a la generosidad y el sentido común de los demás países que le han perdonado la mayor parte de sus deudas. Entre ellos, por cierto, Grecia, a quien los dirigentes alemanes trataron, sin embargo, con superioridad y saña injustificada en la crisis de 2008.

Se olvida Alemania, por ejemplo, de que se benefició de la generosidad de sus acreedores cuando, después de la segunda guerra mundial, le permitieron que sólo dedicara un 5% de sus ingresos por exportaciones a pagar deuda. Mientras que los líderes alemanes obligaron a Grecia a dedicar casi el 40% de su PIB a pagarla en la última crisis económica.

En nuestros días, parece olvidarse Alemania de que forma parte de una zona monetaria y, por tanto, de que los déficits que generan unos países no son casuales ni fruto exclusivo de su propio comportamiento, sino justamente lo que se produce cuando otros (como Alemania) tienen superávits. Y se olvida igualmente de que tan malos son los unos como los otros. Es decir, que tan obligados están a adoptar medidas de ajuste los países que tienen déficit, como los que tienen superávits. Y Alemania nunca ha hecho esto último sino todo lo contrario. En concreto, muchos estudios han demostrado que el desequilibrio que se produce en la eurozona y la ventaja que saca de él Alemania no se debe, como suele decirse, a que los salarios españoles y los de otros países de la periferia sean altos, sino a que los alemanes son demasiado bajos en relación con la norma de inflación establecida (lo explico [aquí](#)).

Parece que Alemania se olvida demasiado a menudo de que pertenecer al euro no es una bicoca para países como España, sino todo lo contrario. Entramos por la complicidad de nuestras élites con las europeas, pero esa no ha sido nunca la mejor opción que ha tenido ni la economía española ni otras muchas, como la italiana que ahora también sufre especialmente. Está demostrado, por ejemplo, que pertenecer al euro ha supuesto una penalización en términos de crecimiento económico a las economías que forman parte de la unión monetaria de 1,5 puntos porcentuales en la fase de expansión y de 1,1 puntos en la de crisis (lo explico [aquí](#)).

Y precisamente olvida Alemania, o al menos sus principales dirigentes, que las enormes ventajas que su economía obtiene de las demás en la Unión Europea y en el euro no se convierten preferentemente en beneficios para los alemanes que más lo necesitan. O sea, que no es precisamente un ejemplo para el resto de Europa

desde el punto de vista de la justicia y el progreso bien entendido. La concentración de la riqueza en Alemania (donde el 1% más rico recibe tanto como el 50% más pobre) es una de las más altas de la OCDE. Y aunque sus dirigentes se precian del alto nivel de empleo alemán, no se puede olvidar que sólo el 40% lo es a tiempo completo y que la mitad de los trabajadores están a tiempo parcial, subcontratados, son falsos autónomos o tienen remuneraciones muy bajas (un tercio de los pobres alemanes tienen empleo). También son especialmente grandes las diferencias entre mujeres y hombres en Alemania y los impuestos sobre el trabajo representan los dos tercios de los ingresos fiscales, mientras que los que recaen sobre el capital solo aportan el 13% (todos estos datos de un reciente informe sobre la desigualdad en Alemania están [aquí](#)). Y se olvida Alemania que, en lugar de utilizar el excedente que obtiene gracias a las ventajas que le proporciona una zona euro diseñada en su interés, sus dirigentes han permitido que se utilice para crear problemas fuera. De los 1,62 billones de euros que generó de 2002 a 2010 solo 554.000 millones se aplicaron en su propio mercado interno para mejorar su dotación de capital o las condiciones de vida de su población. Los bancos alemanes dedicaron el resto a hacer negocio fuera financiando, principalmente, burbujas inmobiliarias

Alemania no debería olvidar su propia historia ni las causas verdaderas de su situación de privilegio. Ahora tiene el poder suficiente para imponer lo que le conviene a los demás, pero el poder mal utilizado produce siempre efectos de rebote. Alemania ha diseñado en los últimos tiempos planes de desarrollo industrial y de seguridad nacional encaminados a consolidarla como "nación-líder" o nación-marco de Europa. Sería un empeño noble si eso se pretende conseguir con cooperación y solidaridad. Sin embargo, si sigue empeñada en hacerlo como hasta ahora, se encontrará cada día con más reticencias que, como sucediera en otros momentos históricos, pueden terminar mal y, desde luego, en su propio perjuicio. El viejo profesor Tierno Galván siempre decía que "el poder es como un explosivo: o se maneja con cuidado, o estalla".

## SALVAR A LAS EMPRESAS PERO GARANTIZANDO EL EMPLEO

Publicado en Público.es  
el 27 de marzo de 2019

Escrito con Adoración Guamán Hernández.  
Profesora Titular de Derecho del Trabajo y de la Seguridad Social de la Universidad de Valencia.

Como es sabido, si a partir de 2008 el desempleo se disparó en España, en 2012 se echó gasolina en el incendio.

Este último año se promulgó la bien conocida reforma laboral de Rajoy que optó, entre otras vías de precarización del empleo, por incentivar el uso del despido, en todas sus modalidades, como vía principal para proteger el tejido económico-empresarial. El primer golpe fue durísimo e inmediato: en el mes de febrero del año 2013 se alcanzaba en España un máximo histórico en las cifras de desempleo, 5.040.222 personas. El segundo golpe, sostenido en el tiempo, provocó una mutación en el modelo de relaciones de trabajo, instaurando la precariedad como norma.

Esa reforma laboral nos pasa factura ahora que una emergencia sanitaria se traduce en obligada inactividad productiva, lo mismo que las demás reformas llevadas a cabo en otros campos durante la pasada crisis y en los años sucesivos.

Si no se hubiera recortado el gasto sanitario y dado alas a la privatización del sistema, no estaríamos sufriendo ahora tantos problemas de saturación como los que tenemos. Si no se hubieran precarizado las pensiones ni se hubiera frenado la extensión del sistema de cuidados, nuestros mayores (y la población en general) no estarían sufriendo como sufren ni morirían tantos en las condiciones en que muchos están muriendo, desatendidos en residencias que son sólo puros negocios. Y sin la reforma laboral, no

correríamos el peligro de que muchas empresas que van a recibir ayudas del Estado para que no cierren por causa del confinamiento de la población, aprovechen la coyuntura para realizar ajustes de empleo oportunistas. Algo que es imprescindible evitar para que, una vez que pase la inactividad forzada, nos encontremos con un problema laboral tan terrible como injustificadamente sobrevenido.

Las medidas iniciales del Gobierno para hacer frente a las consecuencias de la epidemia son bienvenidas puesto que evidencian una voluntad clara de orientar la intervención del Estado hacia la protección de las clases trabajadoras en unos momentos especialmente difíciles. Sin embargo, el avance de la pandemia y las previsiones actuales exigen una intervención en la economía de carácter más contundente. Más concretamente, es imprescindible que el gobierno garantice que las empresas que entran en inactividad a causa del confinamiento generalizado no realicen los despidos que en este momento se siguen produciendo. Hay que salvar a las empresas, desde luego, pero no al precio de que aprovechen la situación para realizar ajustes oportunistas de empleo.

Una mirada rápida a nuestro entorno nos confirma que hay diversas fórmulas para mitigar el impacto social de la crisis y reducir el número de despidos, unas con mayor alcance que otras.

Por un lado, destacan sin duda las medidas orientadas a compensar los salarios dejados de percibir por las y los trabajadores cuando las empresas paralizan su actividad. El ejemplo de España, con la activación del instrumento de los Expedientes de Regulación Temporal de Empleo (ERTE) transita por esta senda. Y en un sentido similar se sitúan Bélgica, Francia o el Reino Unido, cada uno con los matices propios de los distintos sistemas.

En España, el ERTE vinculado al coronavirus conlleva una protección amplia, eliminando los requisitos ordinarios para que no existan condiciones de entrada ni se consuma desempleo. La prestación la asume la seguridad social y los porcentajes y topes a la percepción que van a recibir los trabajadores se mantienen, es decir, el 70% de la base reguladora, teniendo claro que la cuantía

máxima es de 1.411,83 cuando se tienen dos o más hijos a cargo. La nueva regulación también exonera a las empresas del pago del 100% (o del 75% si tiene 50 o más trabajadores) de las cuotas a la seguridad social.

En Bélgica se ha establecido un modelo similar, con pago directo por parte de la seguridad social del 70% del salario y un tope de 2,754.76 al mes, más una asignación extra.

En Francia se ha reformado el “desempleo parcial”, de manera que la empresa que suspende la actividad paga una compensación equivalente al 70% del salario bruto (alrededor del 84% del neto) a sus empleados. Los empleados con salario mínimo o menos deberán ser remunerados al 100%. En todas las situaciones, el Estado reembolsa a la empresa estas cantidades, cubriendo salarios brutos de hasta 6.927 euros. Este “desempleo parcial” se extenderá a las personas que trabajan en el servicio doméstico.

Por su parte, el renuente Reino Unido, cuyo Primer Ministro empezó la pandemia “asumiendo el coste social”, ha establecido un mecanismo llamado “Sistema de Conservación del Empleo Coronavirus”. Según este mecanismo, cuando el empresario no pueda asumir los salarios y siempre que mantenga al trabajador contratado, el Estado se hará cargo del 80% de los salarios, con un límite de 2.500 libras. El empresario puede complementar hasta el 100% si así lo desea (algo similar está previsto en Francia).

Todas estas fórmulas conllevan incentivos para mantener el empleo aunque nos parece que no son suficientes si se quiere evitar que se produzcan despidos. Se centran en actuar frente a la obligada paralización inmediata de la actividad productiva y laboral, compensando en mayor o menor medida la carga salarial de las empresas que voluntariamente opten por los mecanismos de suspensión temporal, pero no contemplan la prohibición de despedir en este momento. Una laguna que podría llevarnos a una situación socio-laboral muy crítica, de magnitudes ahora mismo incalculables, cuando termine esta primera fase de inactividad por el confinamiento.

Es cierto que la solución española apunta tímidamente a esta cuestión, pues el Real Decreto Ley 8/2020 contiene en una disposición adicional (la sexta) que bajo el título de “salv guarda del empleo” establece que las medidas extraordinarias en el ámbito laboral estarán sujetas al compromiso de la empresa de mantener el empleo durante el plazo de seis meses desde la fecha de reanudación de la actividad. Sin embargo, esta previsión, a modo de incentivo, queda abierta a múltiples interpretaciones.

Por un lado, parece claro que, si las empresas no mantienen el nivel de empleo tras reanudar la actividad, deberían pagar las cuotas a la seguridad social de las que fueron exoneradas. Mas este pago no parece un incentivo de suficiente cuantía para mantener el empleo. Por otro, podría pensarse que es posible una interpretación amplia que obligue a las empresas a devolver el conjunto de ayudas si optan por despedir, pero esto parece que supera la intención del legislador. Por tanto, habrá que esperar a la concreta aplicación de la norma, cuando se renueve la actividad.

Más allá de lo ambiguo de esta disposición y de cómo deba de utilizarse para paralizar despidos futuros, lo que está claro es que la norma actual no impide los despidos que se están produciendo en estos días. Y esto es ahora lo más preocupante, porque el número de personas que están perdiendo su puesto de trabajo aumenta.

En definitiva, estamos de acuerdo en que se proteja al máximo a las empresas en esta coyuntura tan difícil y defendemos que se garantice que no tengan que cerrar en el periodo de inactividad, bien retardando pagos, bien compensando su carga salarial, bien aportándoles ayudas, bien facilitándole el crédito. Pero, a cambio, consideramos igualmente indispensable que el Estado tenga la garantía de que, ahora y una vez que se supere esta primera fase de confinamiento, no se van a producir despidos justificados formalmente por la dificultad objetiva de la pandemia pero en realidad orientados a ajustar más cómodamente los costes salariales en favor exclusivo de los beneficios.

Lo que proponemos ya se ha establecido en otros países. Italia, epicentro de la crisis, decretó la prohibición del despido durante 60 días (desde el 23 de febrero de 2020) impidiendo la extinción de contratos por causas objetivas (principalmente, motivos inherentes a la actividad empresarial). Y Dinamarca aporta otro ejemplo quizá más digno todavía de seguir.

Allí, el importante desembolso de fondos públicos (13% del PIB) se orienta, entre otras medidas y previo acuerdo entre los agentes sociales y todos los partidos políticos del arco parlamentario, a cubrir los costes salariales de las empresas privadas (hasta el 75% de los salarios) que acrediten causas económicas para despidos colectivos, y siempre que las mismas se comprometan a no despedir con una duración de tres meses. Allí hablan de "congelar" la situación de las empresas mediante estas ayudas para que no se vean obligadas ni a despedir ni a cerrar a pesar de que no tengan actividad productiva o comercial mientras dura la crisis inmediata.

Somos conscientes de que ningún modelo es perfecto y que incluso estos dos últimos que van más allá que los anteriores dejan el espacio a la crítica, por ejemplo, porque dejan fuera a distintos colectivos.

El peligro que corremos en España es que sin un mayor compromiso normativo la epidemia se convierta a la postre en una puerta falsa para los reajustes de plantillas. Hay que tener muy presente que arrastramos una regulación del despido que incentiva su uso y que la reforma laboral prevista (prometida) para eliminar los errores de Rajoy no se llegó a culminar. Nos parece, pues, que ahora hay que ser especialmente prevenidos. A cambio de la imprescindible máxima generosidad del Estado con las empresas, y muy especialmente con las de menor dimensión y más débiles, creemos que hay que garantizar que va a darse un compromiso paralelo por su parte para evitar que se produzca un oportunismo empresarial que podría provocar una verdadera catástrofe sociolaboral en poco tiempo.

## LA PATRONAL SE EQUIVOCA Y PONE EN PELIGRO A LAS EMPRESAS

Publicado en Público.es  
el 28 de marzo de 2019

Las organizaciones patronales CEOE y CEPYME emitieron ayer un comunicado en el que critican la medida recién adoptada por el gobierno que prohíbe a las empresas despedir trabajadores mientras dure la situación de emergencia sanitaria en la que nos encontramos.

Según el comunicado, las medidas del gobierno "serán perjudiciales para el equilibrio económico, la salud de las cuentas públicas, aumentando considerablemente el déficit, y reducirán de forma importante la confianza de los inversores, que son fundamentales para la estabilidad financiera y la recuperación económica de este país".

Sin embargo, en su comunicado no se da ni una sola razón que justifique este augurio. Ni una sola. Ni una. Se limita a decir que el gobierno "trata de arrojar sospechas y desconfianza sobre el empresariado".

Es lamentable decirlo, pero de esa forma, criticando sin argumentos, la patronal española demuestra su irresponsabilidad e incompetencia para defender los intereses de las empresas españolas en su conjunto.

Es una irresponsabilidad hacer pública una crítica de ese tipo, tan radical y negativa porque, sin aportar razón alguna que justifique lo que se afirma, sólo se genera temor, incertidumbre y pesimismo entre el empresariado. Con su declaración, lo único que consigue la patronal española es crear un clima económico y social todavía más desfavorable para las empresas y, en consecuencia, que muchos empresarios se planteen tirar la toalla cuanto antes.

Es una irresponsabilidad que la patronal española no se dé cuenta de que ahora no hay un problema económico más importante para España que evitar el colapso y que eso pasa por garantizar que no cierren

las miles de empresas que, sin la ayuda del Estado, no podrían hacer frente a sus costes y gastos cuando la actividad económica está obligadamente paralizada para evitar la propagación del virus.

El gobierno está tomando medidas para que el Estado garantice la vida de las empresas en este periodo de ausencia total de ingresos para muchísimas de ellas, mediante los ERTE, haciéndose cargo de los salarios que lógicamente no van a poder pagar las empresas, permitiéndoles retrasar pagos fiscales, con otras medidas de apoyo directo, o avalando los préstamos que reciban de la banca para hacer frente de la manera más inmediata posible a las consecuencias de la paralización forzosa de su actividad.

Estas medidas van a suponer un coste extraordinario para al Estado, que tendrá que endeudarse para sufragarlo, pero todos sabemos que esto es imprescindible para salvar a las empresas y los empleos que crean, proporcionándole ingresos a millones de trabajadores españoles. Y siendo así, es una vergonzosa irresponsabilidad que, cuando el gobierno y los españoles nos estamos disponiendo a asumir una carga adicional para ayudar a nuestras empresas, los dirigentes de la patronal critiquen al gobierno diciendo que esas medidas van a subir el déficit. Hay que ser muy irresponsable o tener muy poca vergüenza para criticar eso.

Como he explicado en artículos anteriores, y creo que en esto coincidimos economistas de todas las tendencias ideológicas que seamos mínimamente sensatos, ahora nos nos queda más remedio que sacar dinero de donde sea para mantener a las empresas "congeladas", hibernadas, o "en coma inducido", como dice mi colega José Ignacio Castillo, para que no cierren en esta fase en la que el confinamiento paraliza una parte tan grande de la actividad económica. Podemos diferir en la forma en que eso se puede conseguir, pero me atrevería a decir que cualquier vía sería buena con tal de que las empresas no cierren en esta fase inmediata de inactividad y que las todas las familias puedan seguir haciendo frente a sus gastos esenciales (entre otras cosas, porque esos gastos son ingresos de las empresas, que dejarían de recibirlos si las finanzas familiares colapsan).

A la salida de esta primera fase de inactividad habrá que ver los daños y cómo reactivamos la economía de la mejor y más rápida forma posible, pero si para entonces han cerrado miles de empresas ya no habrá nada que resolver, iremos de boca a una depresión quizá sin precedentes en nuestra historia.

Ese comunicado de la patronal es, por tanto, muy irresponsable. Ataca a la mano que da de comer a las empresas que dice defender, justo en los momentos económicos más difíciles que haya podido vivir el empresariado español en nuestra era. Porque la anterior crisis fue muy dura, pero se manifestó a lo largo de algún tiempo, mientras que esta es un shock de impacto inmediato y total.

La medida que ha adoptado el gobierno español sobre despidos no es solo nuestra. La han tomado otros países como Italia o Dinamarca y con algo menos de contundencia Francia o el Reino Unido, tal y como Adoración Guamán y yo mismo explicábamos en el artículo anterior.

Por tanto, es una temeridad, o una simple e inaceptable maldad, decir que el gobierno trata de arrojar sospechas sobre el empresariado. No. Simplemente hace lo que tiene obligación de hacer: evitar que en medio de una emergencia sanitaria y económica se produzcan comportamientos oportunistas que lleven a disfrutar de ayudas del Estado mientras que se destruye empleo injustificadamente.

Hay miles de empresas y empresarios que están haciendo frente a la situación con enorme responsabilidad, con gran valentía, con estrategia, con inteligencia y hasta con patriotismo, haciendo gala de una generosidad y de una capacidad de sacrificio que cuando todo esto pase se debería de poner como ejemplo al resto de los españoles. Sin embargo, como también puede haber algunas empresas tentadas de actuar con oportunismo, el gobierno tiene la obligación de impedirlo con la medida que acaba de aprobar.

Si el Estado asume en una parte tan considerable de los costes de las empresas (insisto, la que haga falta para que no tengan que cerrar y eso es lo que hay que reclamar), no debe haber razón alguna para que una empresa despida trabajadores, salvo casos excepcionales,

lógicamente. Debe dejar en suspenso la relación laboral, de eso se trata, y esperar a que la situación de inactividad concluya. Pero si no se hace así, si en estos momentos se deja que se pierda injustificadamente el empleo, se producirá el mismo efecto que si el Estado no interviene garantizando la vida de las empresas: a la vuelta, dentro de unas pocas semanas, nuestro tejido empresarial será un desierto e iremos sin remedio al desastre.

La patronal demuestra una vez más que no sabe defender los intereses de la inmensa mayoría de las empresas. En lugar de atacar al gobierno sin aportar, repito, ni un sólo argumento, tendría que estar pidiendo que se extienda la intervención para que el gobierno proporcione la mayor garantía posible a las empresas, para que queden a salvo con total seguridad durante el periodo de inactividad. Cueste lo que cueste y sea como sea.

No hace falta ser un lince de las finanzas para saber que una operación de salvamento tan grande como la que es absolutamente imprescindible para evitar que docenas de miles de empresas españolas cierren por el confinamiento es muy, muy costosa. Es evidente que nuestra deuda va a aumentar por esa causa, sobre todo, cuando países como Alemania y Holanda se niegan a que Europa dé una respuesta mancomunada al problema. Pero la alternativa es el colapso. No hay más remedio que asumir el coste de salvar a las empresas y a las familias porque el de no hacerlo sería muchísimo más elevado.

No me importa repetirlo, si no asumimos ahora todo el gasto necesario para salvar a las empresas y a los hogares, vamos a ir a una catástrofe sin precedentes.

El gobierno está dando pasos en esa dirección, aunque no estén siendo tan rápidos como a mi me parece que tendrían que haber sido ni tan largos como creo que debieran ser (por ejemplo, creo que es una barbaridad que no se haya contemplado qué hacer con los despidos que ya se han producido y espero que eso se resuelva con urgencia). Lo que debería hacer la patronal es arrimar el hombro e incluso animar y apoyar al gobierno para que vaya todo lo lejos que se deba ir para que ni una sola empresa desaparezca en este periodo.

A la salida, como he dicho, será el momento de reclamar nuevos planes de estímulo y de reactivación y de criticar todo lo que haya que criticar. Ahora se trata simplemente de impedir que todo se venga abajo.

No parece que los dirigentes de la patronal sientan como los empresarios y empresarias de a pie. Lo que estos necesitan es que les llegue cuanto antes la ayuda y que el gobierno se haga cargo enseguida de una parte suficiente de sus gastos mientras dure la inactividad. En lugar de ayudar para conseguirles eso, la patronal se dedica a hacer retórica ideológica y a apuntarse al carro de quienes sólo tratan de aprovechar la ocasión para debilitar al gobierno.

Hay que dedicarse (y sobre todo la patronal) a ayudar a las empresas españolas y a las familias y no a echar más leña en el fuego de la política española.

## EL VIRUS Y LA ECONOMÍA (3): HACEN FALTA LUCES LARGAS

Publicado en LaPolíticaOnLine.es  
el 1 de abril de 2020

Dando por hecho el confinamiento obligatorio de la población, la cuestión económica que se plantea con carácter inmediato en esta pandemia es bastante clara: miles de empresas perderán ingresos y, si el Estado no les garantiza o compensa por esa pérdida, tendrán que ir despidiendo a trabajadores o desaparecerán y, paralelamente, miles de personas se quedarán sin empleo e ingresos.

Por tanto, desde el punto de vista económico es imprescindible actuar con carácter inmediato en tres direcciones:

- Proporcionar al sector sanitario todos los recursos materiales y humanos necesarios para combatir de la mejor forma posible la propagación del virus y sus efectos.

- Garantizar, en la mayor medida a nuestro alcance, los ingresos que empresas y trabajadores van a dejar de recibir, y

- Tratar de que ni a corto ni a medio plazo se interrumpan las cadenas de suministro que son necesarias para disponer de bienes y servicios básicos para la población.

Esas tres actuaciones pueden llevarse a cabo mediante la aplicación de medidas de diferente tipo, aunque no todas ellas sean igual de efectivas: retrasando los gastos a los que familias y empresas tienen que hacer frente en el día a día (impuestos, suministros, alquileres...), proporcionándoles dinero en efectivo para que puedan seguir haciendo o facilitándoles el acceso al crédito. Las tres vías se complementan y son seguramente imprescindibles y las están adoptando en distinta medida o forma.

Sin embargo, ahora quiero introducir una nueva reflexión sobre el tema que me parece fundamental. Ese tipo de medidas inmediatas, de emergencia y salvación, son imprescindibles mas no podemos perder

de vista ni el entorno en el que se desencadenó, que ya analicé en los primeros artículos ni el futuro que tenemos por delante.

Si no queremos estrellarnos, no sólo hay que actuar con acierto en el cortísimo plazo sino que, al mismo tiempo, hay que encender las luces largas para no perder de vista el horizonte. Y en esa perspectiva creo que hay algunas reflexiones que me parecen esenciales que deberíamos realizar. Ofreceré las mías en forma de pregunta.

¿Se va a seguir insistiendo en que el Estado es el problema, después de haber comprobado que, si no es por la intervención estatal, la economía de prácticamente todos los países del mundo se vendría abajo sin remedio y que precisamente el debilitamiento de sus servicios y recursos es lo que más dificultades está suponiendo para hacer frente a la pandemia?

¿Nos seguirán diciendo que la economía capitalista funciona perfectamente sólo dejando actuar a los automatismos del mercado y que, por tanto, no es necesario prevenir o planificar para hacer frente a los riesgos inesperados, a las crisis o a los momentos de perturbación, como el de la pandemia? ¿De verdad alguien se cree que hubiéramos salido mejor de la situación en la que estamos o de otras anteriores dejando que el mercado proporcionara sus soluciones, es decir, poniendo los recursos necesarios únicamente en manos de quien tuviera dinero para comprarlos?

¿Se va a seguir insistiendo en que lo mejor es que no haya impuestos, que no son necesarios y dejar sin financiación a los servicios públicos, como la sanidad, la seguridad, el cuidado o la enseñanza que ahora contemplamos como lo máspreciado que tenemos para salvar vidas humanas y para que todo funcione de la mejor manera posible?

¿Se seguirán traspasando recursos del sector público al privado en servicios esenciales cuando acabamos de ver que es el primero quien resuelve el problema y que el capital sólo se orienta, legítimamente, a proporcionar lucro a sus propietarios sin preocuparse si así da la cobertura que necesita la sociedad en su conjunto?

¿Vamos a dejar que el desarrollo de las medicinas, de las vacunas, de las técnicas que salvan vidas y son imprescindibles para garantizar el bienestar esencial de los seres humanos esté condicionado por el lucro privado? ¿que el derecho de patentes y la apropiación privada del conocimiento sigan retrasando el uso de todo lo que no sea rentable para el capital privado pero sí esencial para dar satisfacción a las necesidades colectivas?

¿Seguiremos sin dar prioridad a la investigación básica y a la aplicada al bienestar humano? ¿Reduciremos todavía más la inversión en educación y en formación que son los pilares del conocimiento, de la productividad y de la tecnología que nos permite vivir bien y proporcionar cuidado a los demás seres humanos y a la naturaleza?

¿Vamos a creernos la farsa de una globalización que solo globaliza el afán de lucro y el comercio pero que nos impone dependencia, inseguridad alimentaria y el destrozo de los recursos naturales centenarios? ¿Vamos a renunciar a la agricultura autóctona, al consumo de cercanía, a la utilización sostenible de la tierra para ponernos en manos de grandes multinacionales?

¿Seguiremos creyendo que es posible lograr estabilidad económica y progreso sin industria propia?

¿No nos vamos a dar cuenta a partir de ahora de que es un sinsentido consumir productos que llevan detrás miles de kilómetros de desplazamiento, con un gasto desorbitado de dinero, de energía, de residuos y de esfuerzo humano y que, para colmo, se hace a base de destruir los sistemas productivos de los países exportadores, cuyas economías se convierten en monocultivos para la exportación que no dejan allí los beneficios que generan?

¿Vamos a continuar permitiendo que las reglas del comercio internacional concedan el privilegio de protegerse sólo a los países ricos mientras condena a la indefensión a los más pobres? ¿Se seguirá permitiendo que Estados Unidos, Japón, la Unión Europea... las grandes potencias, puedan subvencionar sus productos (mucho más caros y menos competitivos), penalizar los de países más pobres para dominar los mercados y cerrarles las puertas, o castigarlos si tratan de hacer

algo parecido para defender sus economías, como hacen sólo los ricos?

¿Vamos a seguir confiando las cadenas de distribución a grandes corporaciones que encarecen artificialmente los precios, que imponen condiciones draconianas a las pequeñas y medianas empresas nacionales, y que nos obligan a depender de ellas para el suministro de productos básicos?

¿Se seguirá permitiendo que las empresas multinacionales coloquen sus beneficios, mediante trucos contables, allí donde no paguen impuestos cuando se benefician de las infraestructuras, de los servicios y del capital que les aportan los estados y los productores de los países donde realmente los obtienen?

¿Vamos a dejar de ser falsos y no decir más que combatimos los paraísos fiscales, donde se esconde casi la tercera parte de la riqueza monetaria del mundo, cuando en realidad sólo les estamos cambiando el nombre? ¿Acabaremos con estos criminales que, con tal de proporcionar seguridad a las grandes empresas y fortunas, son los medios que utilizan los traficantes de personas -sobre todo mujeres-, de armas o de drogas para emponzoñar al mundo?

¿Se seguirá consintiendo que la especulación se adueñe de las economías? ¿que las bolsas sigan siendo un casino que en lugar de ayudar a que las economías funcionen bien las ponen constantemente en peligro porque están dedicadas a vehicular operaciones financieras especulativas muy arriesgadas y en donde ganan los grandes fondos financieros?

¿Vamos a seguir permitiendo que los capitales tengan en nuestro planeta más libertad que los seres humanos, a pesar de que es una evidencia empírica que su mayor libertad va asociada a más desigualdad, a más crisis económicas y a peores condiciones de la actividad productiva?

¿No vamos a hacer frente a la desigualdad que debilita o incluso destruye el tejido productivo porque genera una concentración del

ingreso que hace que cada vez vaya más dinero a los fondos financieros en detrimento de la actividad productiva?

¿Seguiremos sin establecer algún tipo de tasas sobre las transacciones financieras a pesar de que sabemos que una minúscula, de menos del 0,2-0,3%, sería suficiente para financiar sobradamente todas las necesidades del conjunto de los seres humanos del planeta sin necesidad de establecer ni un solo impuesto adicional?

¿No vamos a establecer ya, porque hay dinero para ello, ingresos mínimos de garantía para las personas y para las microempresas y pequeñas y medianas empresas que crean empleo y riqueza productiva? ¿Vamos a seguir permitiendo que los gobiernos en manos de los siervos de los grandes capitales les sigan dando más a quienes ya más tienen?

¿Acaso no ha llegado la hora de que nos demos cuenta de que no puede ser que la creación de algo vital para las economías, el dinero, esté en manos de los bancos privados? ¿Se va a continuar aceptando que el mayor negocio de la humanidad sea que los bancos creen deuda carísima e innecesaria, cuando se podría financiar la creación de riqueza y de actividad económica de una manera mucho más racional, más equitativa, más sostenible y mucho más barata?

¿Para cuándo vamos a dejar el jubileo universal de la deuda? ¿Vamos a seguir siendo tan estúpidos de creer que algún día se podrá pagar la deuda mundial hoy día existente? ¿No vamos a ser capaces de comprender que ésta no es sino una esclavitud impuesta por el capital bancario al resto de la humanidad y que hay que liberar ya para siempre a los seres humanos de ese yugo tan injusto como innecesario?

¿No vamos a abrir todavía los ojos para reconocer que el sistema bancario está en quiebra y que por eso tiene que andar siempre con las muletas que le presta el Estado? ¿Que es necesario un nuevo tipo de sistema financiero, con bancos centrales al servicio de la economía, con bancos privados que actúen con lógica de servicio público esenciales, y con una banca pública bien gestionada y dedicada a financiar lo que sea imprescindible para la economía y las empresas pero no rentable para el capital privado?

¿Cuándo nos vamos a dar cuenta de que las empresas que funcionan mejor son aquellas en las que los trabajadores se sienten parte de ellas, están en sus órganos decisorios y sus representantes generan así equilibrio de poder?, ¿cuándo reconoceremos que las empresas que tienen menos desigualdad salarial en sus seno y promueven la cooperación, huyendo de una explotación pura y dura del trabajo, son las más productivas y las que obtienen mejores resultados?

¿Vamos a quedar impasibles observando cómo aumenta la concentración de la riqueza en todo el mundo y se limita la capacidad de los gobiernos para redistribuir la renta y la riqueza de una manera más justa?

¿De verdad que vamos a seguir sin dar respuestas urgentes al cambio climático, sin someter nuestra actividad económica a las leyes de la naturaleza y no al revés?

¿Seguiremos siendo tan tontos como para creer que los problemas que estamos viviendo y los que vamos a vivir en el futuro inmediato, problemas globales y de naturaleza multipolar, pueden resolverse sin instituciones que actúan coordinada y democráticamente a escala internacional? O, lo que es peor, ¿no haremos nada para evitar que las grandes corporaciones utilicen su poder económico y financiero para influir o tomar ellas directamente las grandes decisiones que afectan a nuestras vidas?

¿Ni siquiera una pandemia que nos mantiene encerrados en nuestras casas, sorprendidos y asustados, que nos puede matar en cualquier momento a cualquiera de nosotros o a nuestros seres más queridos o cercanos, nos va a hacer tomar conciencia de que hemos de vivir de otro modo?

¿Seguiremos creyendo cuando esto acabe que lo que han de hacer las economías es crecer, crecer, crecer y crecer en lugar de organizarse para perseguir como objetivo el sustento adecuado y sostenible de todos los seres humanos? ¿Todavía no nos hemos dado cuenta de que nos han hecho navegar constantemente en lo innecesario y superfluo, incluso a quienes no tienen ni siquiera donde caerse muertos; que nos han despojado de nuestra humanidad para convertirnos en

consumidores, en agentes pasivos de una máquina infernal que sólo busca el beneficio y la satisfacción artificial?

Ahora, en soledad, viendo las calles desiertas desde detrás de nuestras ventanas, ¿todavía no nos enteramos de que hemos creado bajo nuestros pies una amenaza global, una bomba que va a estallar, si no tomamos medidas, llevándose por delante todos nuestros sueños y nuestras vidas?

¿No nos damos cuenta de que nos manipulan, de que la mayoría de los medios están controlados por los mismos financieros y por las corporaciones que han creado este mundo absurdo y que es preciso informarse bien, recurriendo a fuentes independientes y plurales?

¿Vamos a seguir pendientes de lo accesorio, de los señuelos que nos lanzan constantemente para que no percibamos nuestros verdaderos problemas, para que no seamos conscientes de que, pesar de disponer de más recursos que nunca a lo largo de la historia de la humanidad, todavía mueren de hambre unas 25.000 personas al día o que casi la tercera parte de la humanidad no tiene acceso a agua limpia o potable o al saneamiento básico?

¿Somos tan ingenuos de seguir pensando que lo que más nos conviene es actuar individualmente en lugar de ir de la mano de quien tiene nuestros mismos problemas? ¿vamos a seguir creyendo que si nosotros o nuestros hijos o hijas no tienen empleo o lo pierden ahora por su insuficiente "empleabilidad", es decir, por culpa suya y no porque se vienen aplicando políticas que para darle todo a los de arriba, a los grandes capitales y a los financieros, destrozan la actividad económica que crea riqueza productiva?

Comprendo que ahora es el momento de tomar medidas de muy corto plazo, muy inmediatas, para salvar la vida de miles de personas y, en otro orden, para evitar un colapso económico pasado mañana. Si no lo hacemos al mismo tiempo que nos planteamos cuestiones como las que acabo de señalar me temo que nos espera un futuro terrorífico.

## COMO GATOS DE OCHO VIDAS

Publicado en Público.es  
el 29 de marzo de 2019

En las economías capitalistas, como en cualquier otro sistema complejo en el que hay una gran interacción entre todos sus elementos, se vive siempre en peligro constante de que se produzcan fallos, crisis y rupturas de todo tipo.

La interrelación continua y muy estrecha entre todos los elementos que la componen o que influyen en ella (no sólo económicos sino políticos, sociales, psicológicos, morales, ambientales... y ahora vemos que incluso biológicos) hacen que cualquier fallo en uno de ellos afecte de modo muy problemático en todos los demás y en el conjunto.

Sin embargo, el estar en constante peligro de fallo sistémico hace que esos sistemas complejos generen continuamente mecanismos de defensa muy potentes.

Gracias a eso, quienes analicen correctamente la economía (como un sistema complejo y no como una especie de suma de cajones estancos) no tienen que limitarse a advertir de los peligros que se avecinan, sino que también pueden asegurar que se puede salir siempre de ellos, que es cierto el verso de Shakespeare: "Ocurra lo que ocurra, aún en el día más borrascoso, las horas y el tiempo pasan".

Eso es exactamente lo que está sucediendo en estos momentos.

En cuanto los problemas han comenzado a mostrarse, en cuanto se han manifestado los fallos del sistema, multitud de operadores se han puesto a tratar de resolverlos, bien en el sentido de reproducir las lógicas anteriores, bien tratando de descubrir y poner en marcha otras diferentes y transformadoras. Y no crean que me refiero solamente a los operadores convencionales, a los políticos, a las autoridades o a los economistas que toman las grandes decisiones institucionales. Me refiero, sobre todo, a la gente corriente.

Es verdad que debe haber muchos trabajadores, autónomos, empresarios de todo tipo, empleados públicos... que simplemente se estén dejando llevar por la comodidad, por la desolación o por la inercia del tiempo que pasa. Esos son una de las partes del problema, mas junto a ellos, la mayoría, miles y miles, han afrontado la situación desde el primer momentos diseñando nuevas estrategias, tratando de encontrar nuevas fuentes de negocio, nuevas habilidades, desarrollando capacidades que hasta ahora quizá ni sabían que tenían, inventando formas novedosas de generar ingreso, o simplemente tomando conciencia de la forma en que vivían hasta ahora y reflexionando sobre la necesidad de vivir, de convivir y relacionarse de otro modo con los demás seres humanos y con la naturaleza en el futuro.

El ingenio y la innovación frente a la tentación de la parálisis y contra la inercia, la valentía superpuesta al conservadurismo, la osadía que vence a la resignación, el empuje e incluso la indignación y el coraje ante lo viejo y corrupto, la complicidad y la cooperación, la solidaridad y el amor antes que el sálvese quien pueda, la unión y el repudio expreso de la negatividad y del egoísmo, el cuidado, los afectos y la generosidad, esos son los resortes, y no sólo las imprescindibles macropolíticas, que nos permiten salir con éxito de una crisis, de un fallo, de un colapso.

Hace unos días, un amigo empresario, constantemente emprendedor, cultivado y vitalista me pedía que escribiera sobre los trabajadores y las pequeñas y medianas empresas y sobre sus responsables que no se están dejando amilanar ante una dificultad tan extrema como la que han empezado a sufrir. Y me decía, cuando lo escribas ponle de título que somos gatos de ocho vidas.

De eso se trata, de ser conscientes de que esto que nos está sucediendo es la vida que pasa por nosotros, destruyendo a una parte de ella, pero creando al mismo tiempo las condiciones para que emprendamos otra diferente. No hay árbol que el viento no haya sacudido, dice un viejo proverbio hindú, así que no debemos tener miedo a la tormenta sino, en todo caso, a no estar espabilados y bien dispuestos cuando pase.

Esta pandemia nos está hablando. Nos ha dado un golpetazo en la cara para decirnos que estábamos viviendo de forma arriesgada e irracional, que no podemos seguir jugando a convertir las leyes de la vida en monigotes a nuestra disposición, que hay cosas más importantes que ganar dinero porque puede llegar de pronto un virus y paralizarlo todo, que tenemos un "oikos" (una palabra griega de donde viene el término oikonomía-economía que se refiere a todo lo que hay cerca de nosotros para proporcionarnos cobijo y sustento y ), que es más valioso de lo que creíamos porque constituye nuestro auténtico espacio protector y lo que de verdad nos da seguridad, satisfacción y consuelo. Allí donde nos refugiamos en el peligro, como ahora.

Cuando de jovencillo comencé a subir las cuestas de Sierra Nevada alguien que me guiaba me enseñó un refrán inglés que nunca olvidé: cuando el camino se hace duro, los duros se ponen a caminar.

Miles, millones de personas se han puesto a caminar en España para hacer frente a la desgracia que estamos viviendo. Los sanitarios, docenas de miles de trabajadores, comerciantes y empresarios, transportistas, vendedores, personal de limpieza (¡tan modesto, tan esforzado, tan cercano, tan necesario!), fuerzas de seguridad, todos quienes nos proporcionan los bienes y servicios básicos a costa de su propia salud, profesoras y profesores que siguen atendiendo a nuestros hijos, periodistas, las mujeres y hombres sencillos que se cuidan unos a otros y a otras en el interior de sus casas y reflexionan tomando conciencia de lo que pasa... tantos y tantas... que son, como mi amigo, un gato de ocho vidas que saca fuerza, ánimo, recursos e ingenio hasta de donde no los hay para salir adelante.

Esa es la otra cara, la otra actitud que brota en todas las crisis. La que hay que tener para poder superar una emergencia como la que vivimos.

Convertidos en gatos de ocho vidas, como mi amigo el empresario, cooperantes, solidarios, de la mano, podremos pasar de una a otra, de lo viejo a lo nuevo, superando el dolor y el sufrimiento. Podremos conseguir que sea verdad lo que decía Lao Tsé: lo que la oruga llama el fin, el resto del mundo lo llama mariposa.

Claro que hay entre nosotros demasiados matagatos empeñados en que consumamos las vidas una tras otra cuanto antes. Quienes a toro pasado lo saben todo y no paran de criticar lo que se hizo ayer con los datos de hoy; quienes anteponen sus intereses de partido y en concreto el derribar al gobierno a cualquier otro, aunque ahora todos sin distinción nos juguemos la vida de nuestros seres queridos; quienes no paran de culpar de todo a quien tiene la responsabilidad de tomar decisiones difíciles; quienes se dedican a difundir bulos y a mentir sin descanso y con descaro; quienes creen que España es suya; quienes no hacen sino indisponer a unos españoles contra otros. En fin, quienes no entienden que hay momentos en la vida en que las diferencias se deben aparcar para tratar de salir adelante apoyando a quien tiene el liderazgo por expreso mandato, como en nuestro caso, del voto popular y de las instituciones democráticas.

Es normal que, en los momentos complicados, como el de ahora, estos comportamientos malvados se hagan notar y que nos acosen. Es el mejor caldo de cultivo de la maldad y ésta es seguramente inevitable entre los seres humanos. Pero no nos equivoquemos. Como dijo Albert Einstein, "el mundo no está en peligro por las malas personas sino por aquellas que permiten la maldad". No la permitamos, ni tampoco el desánimo, ni la rendición, ni el individualismo, ni la irreflexión. Convirtámonos, como mi amigo empresario y como tantos otros millones de compatriotas heroicos de estos días, en gatos con ocho vidas.